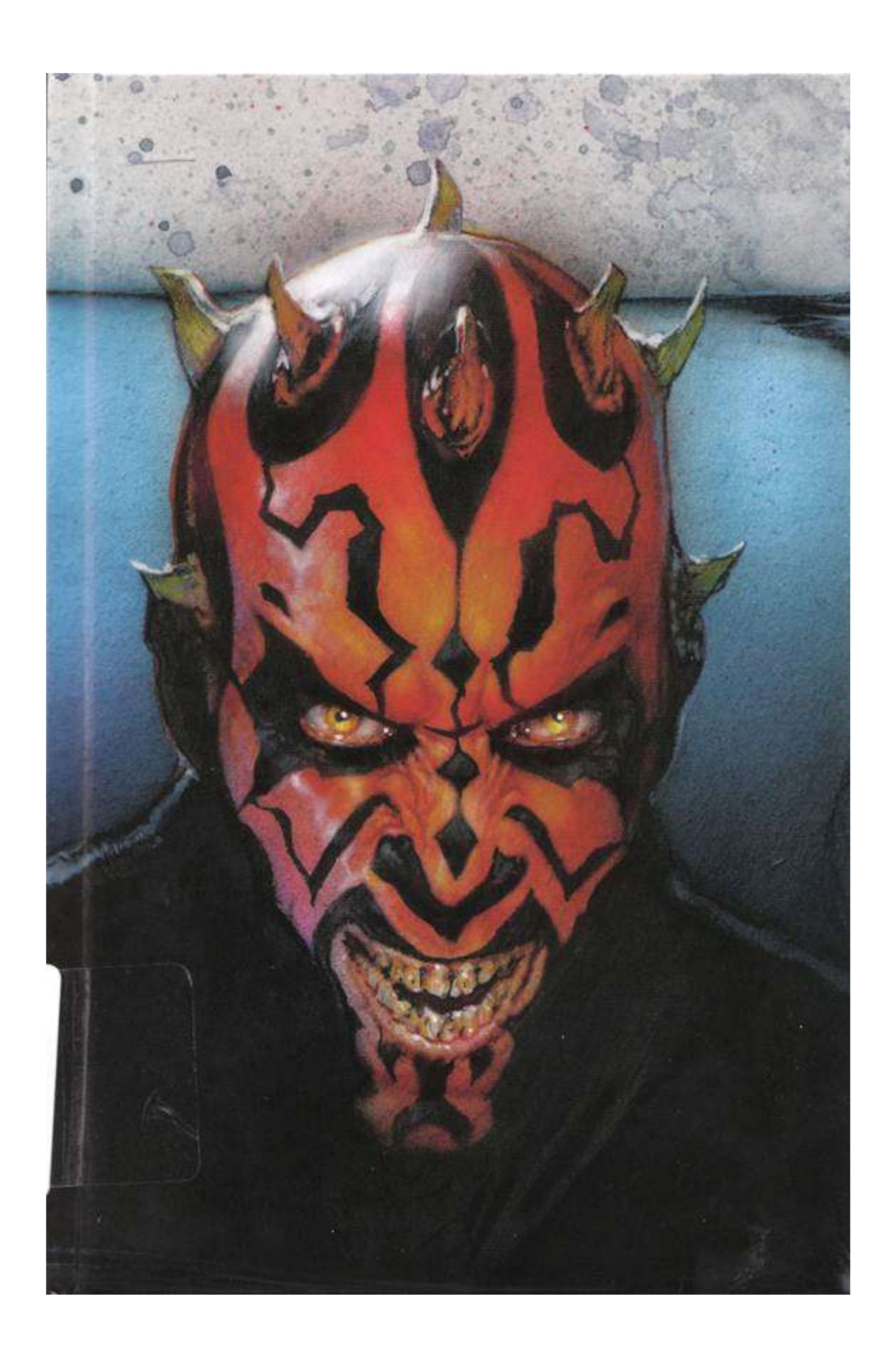


Forjado por la rabia

Tomado como un niño y entrenado en los caminos de los Sith, se convirtió en el aprendiz del mayor mal que la galaxia haya conocido…

Perfeccionado por el lado oscuro

Después de años de conspirar en secreto, él y su maestro se vengarán de la Orden Jedi… y la otrora poderosa República temblará…

La salvaje historia de Darth Maul ha estado envuelta en el misterio… hasta ahora.



La ira de Darth Maul

Ryder Windham



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *The Wrath of Darth Maul*

Autor: Ryder Windham

Arte de portada: Michael Butkus

Publicación del original: enero 2012

21 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT

Revisión: Satele88, Reek17

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

11.07.15

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

PRÓLOGO

La rata de morro dentado sabía que el montón oscuro que yacía en el túnel era un hombre muerto. Podía decirlo por el increíble hedor. Incapaz de detectar ningún otro depredador en el túnel, el morro afilado de la rata se retorció con la excitación ante su descubrimiento, una comida grande y fácil, toda para él.

La rata bordeó por el lateral del túnel, caminando sobre los esqueletos de otras criaturas —muchos esqueletos pequeños, pero otros bastante grandes— mientras se movía hacia el cuerpo. Jirones desgastados de tela amplia, impermeable estaban amontonados sobre la parte inferior del cuerpo del hombre muerto. Su cabeza, brazos, y pecho estaban expuestos. Una fina capa de polvo cubría su piel, apenas ocultando los tatuajes negros abruptos que adornaban sus restos. Su cabeza descansaba en un ángulo extraño contra el suelo debido a los largos cuernos, afilados que salían de su cráneo. La rata se escabulló más cerca del cuerpo y abrió sus mandíbulas.

La rata nunca vio el puño que aplastó su nuca. Y entonces el hombre, que estaba muy vivo, abrió sus ojos amarillos mientras rodaba y sacudía su otra mano para agarrar su presa. Pateó los jirones de tela que había estado usando como mantas, revelando el aparato mecánico que formaba su cuerpo inferior.

El aparato estaba fijo en la parte media del hombre, justo bajo la caja torácica, y consistía en un transporte droide equipado con seis piernas metálicas. Las piernas estaban unidas irregularmente, canibalizadas a partir de partes de restos de droides, cada pierna terminando en una punta afilada. Mientras la rata de morro dentado se retorcía en su agarre, el hombre se escabulló de debajo de las mantas como una araña robótica monstruosa, sus piernas de metal tintineando contra el suelo del túnel.

No tenía recuerdos de cómo había perdido su cuerpo inferior o de quién le había dado a su torso el transporte droide. Aunque conocía los túneles que se habían convertido en su dominio, no sabía que estaba en un planeta llamado Lotho Minor. Ni recordaba su propio nombre. Y de momento no le importaba. En su mente sólo había una cosa.

Comida.

Desgarró la rata y empezó a comérsela con avaricia. Un par de minutos más tarde, mientras lamía los últimos restos de sangre de sus labios, un sentimiento familiar volvió a él. Era el único sentimiento que tenía, la única emoción que conocía cuando no estaba delirando de hambre. Odio. No simplemente rabia e ira, sino puro y total odio.

Odiaba sus circunstancias. Odiaba los túneles y todas las alimañas que se aventuraban en ellos. Odiaba tener hambre, y ser incapaz de descansar sin que alguna otra criatura tratara de pegarle un bocado. Odiaba saber que todas esas distracciones

eran un sinsentido. El objeto primario de su odio era algo mucho más significante, algo que despreciaba con tal intensidad increíble que…

Odiaba su mala memoria también.

¿Cómo había llegado a este lugar? ¿Cuánto había estado viviendo como un animal salvaje? Sus ojos amarillos iban de atrás hacia delante, barriendo el túnel como si pudiera encontrar alguna respuesta en los rincones sombríos, en medio de los huesos roídos de pequeñas criaturas que se apilaban en el suelo.

Nada.

Hizo una mueca. Quería recordar. Lo quería.

La frustración era como un picor doloroso que sabía que nunca podría rascarse. Bajó una mano a su lateral y las puntas de sus dedos se frotaron contra una de sus frías piernas de metal.

No siempre ha sido… así.

Sabía que ya no era un hombre, que no lo había sido durante años. Él simplemente era una criatura en un túnel sucio. Y entonces recordó el objeto de su odio.

Un hombre… el hombre que me dio por muerto.

El odio fluyó por sus venas, llenándole con la urgencia de matar cualquier cosa que tuviera al alcance. Echó un vistazo a los esqueletos y cadáveres en el suelo del túnel, entonces utilizó sus piernas de droide para lanzar varias patadas rápidas y violentas que mandaron los huesos aplastándose contra las paredes. Encontrando una enorme caja torácica, la agarró y la lanzó hacia abajo con fuerza contra la parte trasera de una de las piernas de metal, entonces apartó los huesos astillados. No encontró ninguna satisfacción en esta destrucción insignificante. Sólo odiaba más.

¡¿Por qué no puedo recordar?!

Apretando sus manos en puños cerrados, sintió sus puntas de los dedos afiladas, sucias hundirse en las bases de sus palmas coriáceas. Rechinó sus dientes y apretó los ojos bien cerrados mientras luchaba por conjurar un recuerdo, cualquier recuerdo, que le ayudara a recuperar su propia identidad.

Fue entonces, mientras sentía su odio ardiendo por dentro, que una chispa se encendió en su mente. Y vio un mar de fuego…

CAPÍTULO UNO

El chico llamado Maul tenía que levantarse sobre la punta de sus dedos para mirar a través de la gruesa ventana de su pequeña habitación. La ventana estaba polarizada para bloquear el calor y la luz, pero la imagen aún era tan intensa que hizo estremecerse al chico. La luz no venía del cielo, que estaba repleto de nubes de humo negras, sino que radiaba del río de lava que fluía bajo las instalaciones donde vivía Maul. Girando su cabeza ligeramente, vio la lava vaciarse en lo que parecía un amplio mar, feroz.

El nombre del planeta era Mustafar, de acuerdo al droide que cuidaba de Maul. El droide también servía de maestro al chico y le había mostrado hologramas que ilustraban el terreno de Mustafar y la localización del planeta en la galaxia. El droide le había mostrado hologramas de otros mundos también. Maul lo había pasado mal para entender que los hologramas representaban planetas reales, pero tenía que memorizar sus nombres e indicar correctamente sus posiciones o el droide le sometería a un shock doloroso.

Afortunadamente, Maul estaba solo. Mirando a través de la ventana, trató de avistar algún signo de vida. Ocasionalmente, veía a los nativos de Mustafar en armadura cabalgando sobre pulgas de lava en la distancia, dirigiéndose a la región del norte donde trabajaban como mineros. Un par de veces, incluso había visto transportes de mineral viajando por el cielo. De momento, no había visto ni a mustafarianos ni navíos, sólo el flujo interminable de lava, fuego, humo, y nubes.

El droide le había dicho a Maul que no duraría mucho en la superficie de Mustafar, pero eso no le detenía de querer aventurarse al exterior. Después de todo, si los mustafarianos podían moverse con libertad, ¿por qué no él? Puede que necesitara una armadura mustafariana para protegerle del calor, y también algún tipo de aparato respiratorio. Se preguntaba lo difícil que sería adquirir tales cosas. No tenía motivos para creer que un mustafariano simplemente le diera lo que necesitaba para sobrevivir. Pero imaginaba que ir fuera sería emocionante.

Maul se movió ligeramente y vio algo alzarse al otro lado de la superficie de la ventana. Maul se dio cuenta de que era su propio reflejo. Podía ver sólo la parte superior de su cabeza, que tenía múltiples cuernos pequeños. Como el resto de su cuerpo, su cabeza estaba distinguida con patrones rojos y negros. Sus ojos eran de un amarillo brillante con unas pupilas negras pequeñas.

La primera vez que había visto su reflejo, se había sorprendido, porque pensaba que estaba viendo a otra persona. Por todo lo que sabía, su reflejo *era* otra persona, otro chico que se parecía a él e imitaba cada uno de sus movimientos. Un chico que era semitransparente, suspendido en el aire humeante de fuera de la habitación. Un chico que era libre de deambular por la superficie del planeta sin miedo a hacerse daño, que podía abandonar Mustafar e ir donde él quisiera. Un chico que podría ayudar a Maul a escapar.

Maul deseó ser ese chico.

Apoyando sus manos contra el área continua donde la pared lisa de metal se encontraba con el cristal, Maul saltó para poder ver más de su delgado cuerpo reflejado en la ventana. Saltó una y otra vez, fascinado por su reflejo saltando así como el sonido de sus pies desnudos golpeando el suelo de metal. Se empujaba lejos de la ventana mientras saltaba atrás, aún mirando a la ventana, y continuaba saltando durante varios minutos. No paraba hasta bastante después de que su respiración se volviera entrecortada, sus pies se irritaran, y los músculos de sus piernas empezaran a dolerle.

Recuperando el aliento, se apartó de la ventana y echó un vistazo a su habitación. Los únicos rasgos destacables de la habitación eran una única puerta contra la pared enfrente de la ventana y un grifo de agua fría que funcionaba por un sensor de manos, posicionado sobre un pequeño agujero de drenaje en una esquina. La puerta estaba hecha de metal denso, el mismo material que las paredes, suelo, y techo. El fondo de la puerta tenía una ranura estrecha, horizontal a través de la cual el droide a veces empujaba una pequeña bandeja de comida, normalmente trozos de carne cruda. Maul no podía ver a través de la ranura, porque permanecía sellada cuando no estaba en uso, por una lámina deslizante de metal. Sobre la puerta había una ampolla convexa que albergaba un altavoz de audio y también un fotorreceptor, que permitía al droide observar a Maul a todas horas. No había controles para abrir la puerta desde el interior de la habitación de Maul, al menos ninguno que Maul hubiera sido capaz de encontrar.

Un repiqueteo sonó del altavoz, alertando a Maul para que empezara sus ejercicios. Aunque su habitación no era demasiado grande y sus piernas aún estaban cansadas de saltar, sabía que era mejor no ignorar el repiqueteo. Inmediatamente empezó a correr en el sitio.

Al principio, Maul mantuvo sus brazos pegados a sus laterales. Entonces empezó a balancear sus brazos arriba y abajo para igualar el ritmo regular de los músculos de sus piernas. Quería cerrar sus ojos y pretender que estaba en cualquier otra parte, quizás una habitación más grande, pero no se le permitía cerrar sus ojos mientras hacía ejercicio. Forzó sus párpados a permanecer abiertos y movió sus piernas más deprisa.

El repiqueteo sonó de nuevo. Maul dejó de correr, cayó de espaldas contra el suelo, y empezó a hacer una serie de abdominales y estiramientos de piernas. Tras varios minutos, el repiqueteo sonó y Maul rodó para hacer sus ejercicios de flexiones, alternando entre flexiones con una y con dos manos. Varios minutos más pasaron antes de que el repiqueteo sonara de nuevo, señalando que la sesión de ejercicios había terminado. Maul colapsó contra el frío suelo.

Alguien viene.

Maul se levantó y miró con fuerza a la puerta. Aunque no podía escuchar los pasos aproximarse, debía estar en la cámara de fuera. No sabía cómo lo sabía. Simplemente lo sabía.

Maul sólo podía imaginarse dos posibles visitantes. Uno era el droide que cuidaba de él. El otro era el Hombre, que raras veces le visitaba. El Hombre llevaba una túnica

oscura con una capucha profunda que dejaba la mayoría de sus rasgos en las sombras. Maul nunca había visto realmente los ojos del Hombre.

Maul odiaba al Hombre aún más de lo que odiaba al droide. El Hombre le asustaba.

La puerta hizo un sonido de siseo y se deslizó y se desvaneció en una ranura del techo. Fuera de la entrada estaba el droide. Hecho de un metal negro brillante, el droide tenía una cabeza bulbosa con cinco ojos rojos mecánicos llamados fotorreceptores y un vocabulador de rejilla para hablar, y un torso cilíndrico que tenía cuatro pinzas largas, articuladas por brazos. El torso descansaba sobre un abdomen rotatorio que tenía seis piernas de araña.

Maul nunca sabía qué esperar del droide. A veces llevaba comida o medicinas o rociaba a Maul con limpiadores antisépticos o le escoltaba a una cámara adjunta más grande donde le daría caza o le dejaría correr en círculos. Otras veces, le hablaba y le enseñaba palabras.

Normalmente, el droide le traía dolor. Una vez el droide le había entregado una serpiente brillante verde y amarilla que no perdió el tiempo para atacar a Maul, hundiendo sus colmillos venenosos profundamente en el brazo del chico. Maul gritó y entonces dejó caer su cuerpo sobre la serpiente para aplastarla. Tan voraz como airado, Maul no había sido capaz de resistir a darle varios mordiscos a la serpiente muerta, que fue más de lo que su pequeño estómago podía resistir. Tras ese incidente, el droide había vuelto con medicinas, vendas, y una bomba estomacal.

Ahora, ante Maul en la puerta, el droide extendió una pinza de su cuerpo y balanceó la punta en un amplio movimiento circular. Maul mantuvo sus ojos centrados en la pinza rotatoria mientras sentía tensarse sus músculos, preparándose para saltar lejos de ella. No se percató del pequeño panel que se abría bajo uno de los ojos del droide. El panel abierto exponía una hendidura que albergaba un brazo telescópico con una aguja hipodérmica en la punta. El brazo atacó, clavó la aguja en el hombro derecho de Maul, y entonces rápidamente se retrajo hacia la cabeza del droide. El droide había tardado sólo una fracción de segundo en hacer la inyección, tan poco tiempo que Maul apenas comprendió que la aguja había perforado su piel.

Maul parpadeó mientras extendía el brazo hacia arriba y se frotaba el hombro. Se dio cuenta de que el droide le había hecho algo y que había rotado su pinza sólo para distraerle. Y entonces sintió una extraña sensación, cálida, esparciéndose a través de su cuerpo. Frunció el ceño al droide, y cuando sus párpados cayeron y sus piernas colapsaron. Los brazos del droide se extendieron, atrapando al chico antes de que golpeara el suelo.

El droide de piernas de araña agarró al chico inconsciente y lo llevó fuera de la pequeña habitación sin ninguna dificultad. El chico no era del todo pesado. Apenas tenía tres años.

Cuando Maul se despertó, yacía sobre un catre de metal en una cámara de techo alto que nunca había visitado antes. Tres ventanas altas, estrechas estaban en la pared, iluminando el suelo enfrente de Maul pero dejando la mayor parte de la cámara en

oscuridad. A través de las ventanas, vio roca fundida cayendo en cascadas tras un risco de dientes negros.

Maul no recordaba haberse dormido ni dejar su propia habitación. Sospechaba que iba a ser castigado. Se preguntaba si no había hecho todos sus ejercicios correctamente o si había cometido algún otro error. No es que importara. A veces era castigado sin ninguna explicación. Había estado aprendiendo disciplina desde que había aprendido a andar. Una de las primeras cosas que aprendió fue a no llorar. Llorar nunca mejoraba nada. Llorar solo empeoraba las cosas.

Maul lentamente se empujó del catre. Sintió el frío aire contra su espalda y sospechó que había una ventilación o una entrada tras él. Mirando alrededor de la cámara, se percató de cinco luces rojas brillando en la oscuridad de una esquina cercana. Reconoció las luces como los ojos del droide de piernas de araña.

Maul se frotó su hombro derecho. Recordaba que el droide le había golpeado en el hombro antes, y sospechaba que el droide le había hecho quedarse dormido. Se preguntaba qué haría ahora el droide. ¿Le mataría?

El droide se lanzó desde la esquina. Maul golpeó el suelo con sus pies desnudos, y empezó a correr tan rápido como sus pequeñas piernas podían alejarle del droide. Manteniéndose fuera de la luz que se alargaba desde las ventanas por el suelo, corrió hacia una pared interior, dirigiéndose hacia la fuente de la corriente que había sentido contra su espalda. Su visión se ajustó a la oscuridad y encontró una entrada cuadrangular. No vaciló al correr a través de ella, incluso aunque no tenía ni idea de lo que le esperaba en la siguiente cámara.

Oscuridad. Una cámara sin ventanas. Entonces vio una capa tenue de luz por delante. Ignorando los pasos tintineantes del droide tras él, corrió hacia la luz, que emanaba de alguna parte más allá de una pared curvada. Sabía que no podía correr más que el droide, pero no se atrevió a detenerse.

Maul corrió alrededor de la pared curvada y entró en un pasillo largo, estrecho. Iluminado por pequeñas lámparas rectangulares incrustadas en las paredes, el pasillo era tan largo que no podía ver el otro extremo. Maul siguió corriendo. Escuchó los pasos del droide detenerse en la entrada del pasillo. Esperaba que el droide fuera demasiado grande para seguirle por el pasillo.

Arriesgando una mirada hacia atrás, vio que el droide ya había inclinado su cuerpo hacia un lado con cuatro de sus piernas contra la pared mientras que las dos restantes continuaban reptando por el suelo, impulsando su cuerpo de metal tras Maul. Maul jadeó mientras volvía su mirada hacia delante, sin romper nunca el paso.

Escuchó los pasos del droide volverse más fuertes y supo que estaba ganándole. De alguna forma percibió que el droide estaba a punto de atraparle con una pinza. Desesperado y determinado a evadir al droide, Maul saltó a un lado, plantando un pie contra la pared hacia su derecha, luego saltó a la pared opuesta, manteniendo sus pies en movimiento de forma que viajaba a dos pasos por la superficie vertical en un descenso diagonal hacia el suelo. Maul escuchó la pinza golpear contra el suelo tras él, y él saltó

para hacer dos rápidos pasos más por la pared derecha antes de volver al suelo, aún corriendo hacia delante. Mientras corría, escuchó un crujido fuerte y satisfactorio de detrás, y supo que el droide había tropezado con sus propias piernas en su esfuerzo fallido por mantener el ritmo.

Sospechando que el droide no sólo se recuperaría sino que también estaría muy enfadado con él, Maul corrió más rápido. Su corazón latía mientras veía que el pasillo terminaba en otra entrada cuadrangular. Salió del pasillo rápido y llegó a una cámara que era distinta a cualquier lugar que hubiera imaginado nunca.

Grandes tapices colgaban de las paredes, que estaban también decoradas con extrañas esculturas. Muebles grabados, hechos de huesos extrañamente unidos y muy pulidos descansaban sobre una amplia alfombra que una vez había sido la piel de un animal. En el centro de la cámara, un enorme orbe de líquido azul verdoso, casi de dos metros de diámetro estaba suspendido en el aire sobre una mesa de comedor circular. Docenas de criaturas pequeñas, multicolor nadaban dentro del orbe, algunas tan cerca de la superficie que sus colas balanceándose creaban olas alrededor de la circunferencia del orbe.

Maul estaba tan asombrado por las cosas maravillosas de la habitación que casi se olvidó de que había dejado de correr. Simplemente se quedó ahí, mirando desde las criaturas nadando a las decoraciones. Pero mientras estudiaba los muebles grabados, instintivamente se dio cuenta de que la cámara era un lugar especial. Era un lugar donde alguien se sentaba y miraba todas las cosas en la habitación. Era un lugar donde alguien vivía. Sabía que el droide no requería de tales lujos. Estaba seguro de que este lugar era el refugio del Hombre.

—Bienvenido, Maul, —raspó una voz baja de detrás de Maul—. Te he estado esperando.

Maul se quedó helado ante el sonido de la voz del Hombre. Centró sus ojos en el orbe flotante. Deseaba poder volverse invisible.

—*Esperaba* que el droide te trajera aquí, —continuó el Hombre fuera de la vista—. La forma en que corriste por las paredes para evadir al droide fue *bastante* impresionante. Pero siempre has sido un chico listo.

Maul escuchó al Hombre hablar así antes. Los cumplidos casi siempre eran seguidos de castigos. Maul se preparó mientras mantenía sus ojos fijos en el orbe flotante. Tan desconcertado como estaba por la presencia del Hombre, estaba más fascinado por las criaturas acuáticas de dentro del orbe. Se preguntaba si las criaturas eran comestibles.

Un chirrido de metal sonó desde la entrada por la que Maul acababa de entrar, y el droide empujó su cuerpo fuera del angosto pasillo para emerger dentro de la cámara. Después de que el droide se enderezara para que todas sus piernas tocaran el suelo, se movió junto a Maul, deteniéndose cerca de la alfombra de piel de animal. Maul cambió su mirada desde el orbe flotante al droide y se percató de que dos de sus piernas estaban ahora dobladas en extraños ángulos. El droide giró sus ojos mecánicos para mirar a Maul y dijo en un tono monótono:

—No debiste haber corrido.

—Déjanos, —soltó el Hombre al droide.

El droide se tambaleó lejos de Maul, moviéndose hacia una amplia entrada al otro lado de la habitación. Maul quería irse con el droide, pero en su lugar miró al orbe flotante y se quedó donde estaba.

—Debes mirarme, —dijo el hombre tiernamente.

Más que nunca, Maul deseó ser el chico libre flotante que parecía existir más allá de la ventana de su propia habitación. Trató con fuerza de no temblar mientras lentamente se giraba y alzaba la mirada para encarar al Hombre.

Como era habitual, el Hombre estaba llevando su túnica oscura con la capucha profunda, pero había echado atrás la capucha de forma que estaba envuelta tras su cabeza. Maul se sorprendió al ver su cara expuesta. El Hombre tenía ojos azules, piel clara de un color singular, y una cabeza de pelo ondulado. Maul también fue sorprendido por lo diferente que era la cabeza del Hombre de la suya. El Hombre ni siquiera tenía cuernos.

El Hombre alzó sus cejas mientras él miraba a Maul escépticamente.

—Puedes hablar, ¿no?

Maul asintió.

—¿Sí?

—Sí, —respondió Maul.

—Te dirigirás a mí como Maestro Sidious.

—Sí, Maestro Sidious.

Sidious sonrió.

—Excelente. —Caminó junto al chico y se detuvo al lado del orbe flotante. Maul se percató de que todas las criaturas acuáticas de dentro del orbe nadaron al otro extremo, poniendo distancia entre ellas y Sidious. Sidious miró a las criaturas como si sólo las encontrara medio interesantes—. Maul, tengo algo importante que decirte. Quiero que escuches atentamente.

Maul escuchó.

Hablando lentamente, Sidious dijo:

—Tú… eres… extraordinario. —Apartando la mirada del orbe de agua, miró a Maul y añadió—. Muy extraordinario.

Maul no sabía por qué debía ser considerado extraordinario, o cómo esperaba Sidious que respondiera. Decidió permanecer en silencio.

—Nuestra galaxia alberga trillones de formas de vida. Algunas grandes, otras pequeñas. Pero tan diversas como son, la verdad es que la mayoría de formas de vida son como estos peces. —Sidious hizo un gesto al pez con un movimiento de manos despectivo, y los peces parecieron estremecerse dentro del orbe—. Raras veces llegan lejos de donde nacieron. Se pasan su vida preocupándose por su siguiente comida, y cómo podrían evitar el dolor, y cuánto podrán vivir. Viven con miedo los unos de los otros. Y entonces, mueren. No importa si son un insecto, un pez, un hombre, o… una serpiente.

Una vez más, Maul pensó en la serpiente que había sido forzado a matar.

—Tú ya has viajado grandes distancias, —continuó Sidious—. Puede que hayas nacido en el planeta Iridonia, pero llegaste a mi atención en otro mundo, Dathomir. Allí, las mujeres dominan y esclavizan a los hombres. Sólo eras un crío, y aún así los seres más poderosos de Dathomir te temían. Te querían muerto por que eras diferente. —Sidious sonrió—. ¿Sabes lo que te hace extraordinario, Maul? ¿Tan diferente de las formas de vida comunes?

Maul agitó su cabeza y respondió dócilmente.

—No.

Sidious alzó sus cejas ligeramente y apretó sus labios agitando su cabeza, él dijo:

—Esa no es la respuesta correcta. La respuesta correcta es «No, Maestro Sidious».

Maul tragó con fuerza, entonces dijo:

—No, Maestro Sidious.

Sidious sonrió de nuevo.

—Eres diferente porque eres más fuerte. Tienes poderes. Sabes cosas por adelantado. Miras a la puerta cerrada de tu habitación, y sabes que está a punto de abrirse. Tienes reflejos rápidos. Otros sólo sueñan con anticipar los momentos como tú lo haces, o con ser capaces de moverse tan rápido. En ese sentido, tú y yo somos similares, Maul, excepto que mis poderes son mucho mayores. Mis poderes son mayores porque sé muchas cosas que tú aún tienes que aprender, como cómo hacer que tus poderes trabajen para ti. ¿Lo entiendes?

—Sí, Maestro Sidious.

—Bien. Bien. —Sidious caminó alrededor del orbe acuoso hasta que se posicionó entre él y Maul. Desde el punto de vista de Maul, el orbe distorsionaba la cabeza de Sidious y la parte superior de su cuerpo. Sidious dijo—: Sé que imaginas una vida diferente para ti, Maul. Una vida más fácil que la que tienes.

Maul se quedó en silencio.

—Sé que estás molesto por la serpiente que te mordió, —dijo Sidious, continuando alrededor del orbe acuoso hasta que tuvo una clara vista de Maul—. Lo sé todo sobre ti, Maul. Todo. —Sidious bordeó alrededor del orbe hasta que estuvo mirando a Maul de nuevo—. Mientras que tú puedes pensar que tu vida es dura e implacentera, y que yo soy a veces cruel, hay un motivo para que soportes tal dolor. El motivo es que debes volverte fuerte en todos los modos. Debes aprender a sobreponerte al dolor. Algún día, te volverás más fuerte que yo. Eso te gustaría, ¿no? ¿Ser más fuerte que yo?

—Sí, Maestro Sidious.

Sidious sonrió al chico.

—Bien. —Él miró al orbe acuoso—. ¡Ah! Mira ahí, a esos dos peces.

Maul siguió la mirada de Sidious y vio a un pequeño pez con rayas rojas y negras flotando junto a un pez gris oscuro más grande que se había alejado de las otras criaturas del fondo del orbe. Maul respondió:

—Sí, Maestro Sidious. —Se dio cuenta de que el pez más pequeño tenía los ojos amarillos, del mismo color que los suyos. El pez pequeño le devolvió la mirada a Maul.

—Qué entretenido, —dijo Sidious—. Si no lo supiera, diría que esos dos pretenden ser *nosotros*. Si lo fueran, me pregunto dónde dejaría eso al resto.

Maul miró a los peces en el área superior del orbe y los vio empezar a sacudirse y a sufrir espasmos. Varios peces se hincharon dos veces su tamaño original, temblaron violentamente, y de repente se desinflaron. Otros rodaban errantes por el agua, sus ojos sobresaliendo mientras sus branquias bombeaban furiosamente. Pero tras un par de segundos, todos los peces excepto los dos al fondo dejaron de nadar por completo y empezaron a ir a la deriva en diferentes direcciones. Algunos flotaron hacia la parte superior del orbe, pero la mayoría se hundieron junto a los dos peces supervivientes, que continuaron flotando el uno junto al otro. Mientras los peces se hundían, Sidious recitó un verso extraño.

«Bien arriba, bien arriba.
No sabemos dónde caeremos.
Bien arriba, bien arriba.
Lo que una vez fue grande resulta pequeño».

Maul se preguntaba qué significaban las palabras. Sabía que Sidious había seleccionado de algún modo a los dos peces y los había llevado al fondo del orbe y hecho que los otros murieran. No sabía cómo lo había hecho Sidious, pero sospechaba que era algún tipo de magia. Apartando la mirada de los peces muertos, Maul miró a Sidious y dijo vacilante:

—Maestro Sidious… ¿es posible… aprender este poder?

Sidious sonrió ampliamente, mostrando sus dientes.

—Es posible. Pero no de inmediato. Debes ser paciente. He preparado una sala de entrenamiento. Y hoy, recibirás instrucción personal… de mí.

Maul estaba sorprendido de oír sobre una sala de entrenamiento y tuvo curiosidad al instante por verla. Esperaba que fuera más grande que el área de entrenamiento de fuera de su pequeña habitación. Mientras se preguntaba cuándo le mostraría su Maestro la nueva sala de entrenamiento, el droide de seis piernas, sus dos piernas dañadas reemplazadas por un nuevo par brillante, volvió paseando hacia la cámara.

Sidious miró al droide, entonces volvió a mirar a Maul y dijo:

—Las piernas no se reemplazan fácilmente. Te das cuenta de que debes ser castigado, ¿no?

—Sí, Maestro Sidious.

—Recuerda siempre… un castigo es una lección, joven Maul. Apréndelo bien. Ahora, ven conmigo. —Mientras Sidious caminaba lejos del orbe flotante, movió sus dedos hacia un tapiz que colgaba contra una pared. El tapiz se deslizó lentamente hacia arriba hasta el techo y reveló una entrada abierta construida en la pared. Sidious caminó hacia la entrada, que Maul suponía que era un pasadizo que llevaba a la nueva sala de entrenamiento.

Maul trató de alejarse del orbe, pero sus piernas de repente se sentían como si fueran pesos pesados, ancladas al suelo. Sabía que sería castigado aún más severamente si no

obedecía a su Maestro, pero parecía que su propio cuerpo —independientemente de su mente— se negaba a moverse. Pero antes de que Sidious se percatara de las dudas de Maul, el droide extendió una pinza y le dio una sacudida aguda a Maul en la parte trasera de su muslo izquierdo, haciéndole saltar hacia delante. El droide murmuró.

—No empeores las cosas.

Mientras Maul empezaba a seguir a Sidious, miró atrás al fondo del orbe para un vistazo final a los dos peces supervivientes. El pez pequeño de ojos amarillos estaba mordiendo hambriento a un pez muerto. El gran pez gris flotaba a una corta distancia y parecía estar observando al pez de ojos amarillos con cierto interés antes de que sus ojos se movieran para mirar a Maul. Maul se apresuró por el pasadizo, seguido por el droide.

La sala de entrenamiento excedía todas las expectativas de Maul. Así como su castigo.

Pero sobrevivió.

CAPÍTULO DOS

—¡Empieza! —dijo el droide.

Maul corrió rápido por el suelo de la sala de entrenamiento, dirigiéndose directamente contra la pared. Varios meses después de su llegada a la sala de entrenamiento, estaba familiarizado con la rutina. Se lanzó del suelo con su pie izquierdo, golpeó la pared con el derecho, y corrió varios pasos por la pared antes de alejarse pateando, girando con su cuerpo hacia atrás por el aire. Aterrizó de pie, entonces esprintó hacia atrás hasta la pared y repitió el ejercicio otra vez. Y otra.

El droide de seis piernas observaba cada movimiento, asegurándose de que Maul hacía el ejercicio exactamente como Sidious había ordenado. Sidious le había dicho a Maul que el ejercicio estaba diseñado para formar fuerza, agilidad, y memoria muscular. Sidious también había insistido en que si a Maul se le acababa el tiempo y daba la voltereta de la pared de forma incorrecta, acabaría con el cuello roto.

Maul continuó el ejercicio hasta que el droide le dijo que se detuviera. Mientras aterrizaba sobre sus talones, sentía su corazón martillear dentro de su pequeño pecho. Quería desesperadamente descansar en el suelo, pero descansar no le estaba permitido hasta que el droide lo dijera.

—Tu tiempo ha mejorado, —dijo el droide. Rápidamente extendiendo uno de sus brazos pinza, le dio a Maul con un electrodo, dándole una descarga al chico.

Maul enterró sus dientes y le hizo una mueca al droide. Aunque sabía que el droide simplemente estaba llevando a cabo las órdenes del Maestro Sidious, enseñando a Maul a estar preparado para tratar con el dolor en cualquier momento, aún estaba resentido por recibir descargas cuando no había hecho nada mal. El droide le devolvió la mirada a Maul a través de sus fotorreceptores carentes de emoción. Maul podía anticipar muchas cosas, pero nunca sabía cuándo el droide iba a darle una descarga. El droide era demasiado rápido.

Sin embargo, Maul había aprendido mucho durante su tiempo con el droide en la sala de entrenamiento. La sala tenía un equipo de ejercicio y armas especiales, así como consolas de ordenador que habían sido programadas para educar y desafiar la mente y habilidades mecánicas de Maul. Podía identificar cientos de sistemas estelares, reunir complicados puzles tridimensionales, y localizar las vulnerabilidades de casi cada criatura nativa en Mustafar. Y además de correr por las paredes, podía caminar con sus manos, rápidamente trepar por una cuerda, trotar por un alambre, y saltar de cabeza a través de un anillo de energía y salir en pie.

—Ve a la consola tres, —ordenó el droide.

Maul fue a la tercera consola de ordenador y se sentó ante el holoproyector del ordenador. Mientras metía ambas manos en los bolsillos de agarre de la consola, se

preguntaba qué prueba sería esta vez. El holoproyector desplegó una secuencia de tres sistemas estelares diferentes y rotó cada una para que Maul pudiera ver las estrellas holográficas y sus respectivos planetas orbitantes desde distintos ángulos. Entonces el ordenador cortó el proyector, dejando a Maul mirando al aire vacío. El ordenador dijo:

—Identifique los sistemas segundo, primero, y tercero, en ese orden.

—Malastare, Eriadu, y Denon, —respondió Maul rápidamente. Esperaba que el ordenador le preguntara después por el nombre de la ruta comercial que vinculaba los tres sistemas, porque sabía que la respuesta era la Vía Hydiana.

Pero el ordenador dijo:

—El sistema Malastare incluye tres gigantes gaseosos. Nombre los planetas restantes.

—Malastare y… ¡Cogalle! —dijo Maul, su ligero retraso dándole una punzada aguda en la palma de su mano izquierda. Maul aún estaba doblándose del dolor cuando el altavoz de audio del ordenador estalló con el rugido de una bestia grabado.

—Identifique la especie, —dijo monótonamente el ordenador.

—Tulrus. —Maul de repente sintió un dolor desgarrador en su mano derecha, mientras se corregía a sí mismo—. ¡Tulrus del norte!

Las preguntas continuaron durante varios minutos. Maul cometió sólo tres errores. Cuando el ordenador acabó, retiró sus manos doloridas de los bolsillos de la consola y se masajeó los nudillos. Mientras se levantaba de su asiento, el droide de seis piernas dijo:

—Ve al ring.

El droide siguió a Maul hasta el ring, una plataforma circular que estaba elevada treinta centímetros sobre el suelo de la sala de entrenamiento. Maul saltó hacia la plataforma mientras el droide paseaba sobre un grupo de armas cercanas y seleccionaba un bastón fino hecho de madera. Agarrando el bastón con una única pinza, el droide trepó hasta la plataforma y se enfrentó a Maul.

—Intentaré golpearte. Tú intentarás esquivar el golpe. Cada golpe o esquive con éxito cuenta como un punto. Sacar a un oponente de la plataforma cuenta como tres puntos. El ejercicio termina cuando uno de nosotros consiga cinco puntos. ¿Entendido?

—Sí. —La palabra apenas había salido de la boca de Maul cuando el bastón contactó con el lateral de su pierna izquierda. Gruñó de dolor y rabia.

—Olvidaste saltar, —dijo el droide en un tono burlón—. Punto para mí.

El droide barrio de nuevo, esta vez inclinándose hacia la pierna derecha de Maul. Maul saltó. El droide dejó que la punta del bastón rebotara en la plataforma y la llevó agudamente para golpear el fondo del pie derecho de Maul. Maul se tambaleó por la plataforma y llegó a ponerse de pie, sus ojos ardiendo con furia ante el droide.

—Eso debe haber dolido, —dijo el droide—. El siguiente golpe dolerá más. —El droide hizo un lanzamiento rápido hacia Maul, pero el chico lanzó su cuerpo a un lado y rodó, con cuidado de no ir sobre el borde de la plataforma.

—Punto tuyo. —Dijo el droide mientras lanzaba el bastón al aire. Maul ignoró el bastón en el aire y mantuvo sus ojos en el droide. El droide agarró el bastón con una

pinza diferente, entonces saltó hacia delante. Maul se hundió bajo el droide, y mientras saltaba sobre la plataforma, escuchó el bastón zumbar junto a su cabeza.

—Tu punto de nuevo, —dijo el droide—. Estamos empatados. —El droide lanzó el bastón hacia atrás y hacia delante entre tres pinzas, entonces lo agarró con una única pinza y rotó su brazo de forma que el bastón giró como una hélice. El droide aumentó la velocidad de la rotación, transformando el bastón en un borrón apenas visible.

Esperando a que el droide avanzara hacia él. Maul se preparó para alejarse saltando. No estuvo preparado cuando el droide lanzó el bastón giratorio directamente hacia él, y él sintió el bofetón de la dura madera contra el lateral de su cara. El bastón cayó lejos de Maul y aterrizó entre él y el droide.

—Espero que estés aprendiendo de esto, —dijo el droide—. El marcador está tres a dos. —El droide caminó hacia delante y extendió el brazo hacia el bastón.

Maul sintió un arrebato de rabia. La pinza del droide aún estaba descendiendo hacia el bastón cuando el arma saltó de la plataforma y voló hacia Maul. Maul cogió el bastón con ambas manos mientras miraba al droide.

El droide retrocedió. Maul sostuvo el bastón enfrente de él. No sabía cómo el bastón había llegado a su agarre, y no estaba seguro de qué hacer después. El droide no había mencionado que el bastón pudiera moverse por sí mismo ni si Maul ganaría puntos si obtenía el bastón o si golpeaba al droide.

—Nunca habías hecho *eso* antes, —dijo el droide, pareciendo sorprendido.

Maul no sabía de qué estaba hablando el droide.

—El bastón saltó. Yo… yo sólo lo atrapé.

—Debo convocar al Maestro Sidious de inmediato. —Los fotorreceptores del droide parpadearon y se volvieron amarillos mientras transmitía una señal silenciosa.

Maul se preguntaba qué había hecho mal. Entonces se preguntó si el droide estaría tratando de engañarle pretendiendo contactar con Sidious, y si estaría preparándose para atacar de nuevo. Los fotorreceptores del droide volvieron a parpadear a rojo, pero no se movió de su posición al otro lado del ring. Maul continuó agarrando el bastón de madera, sus ojos fijos en el droide.

Sidious entró en la sala de entrenamiento. Maul sostuvo fuertemente el bastón pero se giró hacia su Maestro. Encarando a Maul, Sidious llegó a detenerse al borde de la plataforma elevada y dijo:

—Dime qué ocurrió.

—El droide y yo estábamos entrenando, Maestro Sidious. —Maul sostuvo el bastón ante él—. Esto aterrizó en medio del ring. Entonces… saltó y aterrizó en mis manos.

Sidious asintió como si lo entendiera.

—Maul, ¿qué sentiste antes de que el bastón saltara?

Maul miró al droide.

—El marcador estaba tres a dos, Maestro. El droide estaba ganando. —Él miró a Sidious—. Pensaba que el ejercicio no era justo. El droide podía golpearme, pero yo no podía devolverle el golpe.

—Pocas cosas en la vida son justas, joven. —Bajando su voz, Sidious continuó—: Pero no te he preguntado lo que estabas *pensando*. Te he preguntado… ¿qué *sentiste*?

Maul miró al droide de nuevo.

—Sentí rabia, Maestro.

Sidious sonrió brillantemente.

—Bien. ¡Bien! —Sin apartar los ojos de Maul, giró su cabeza ligeramente y dijo al droide—: Prepara mi crucero.

—Sí, Maestro Sidious, —dijo el droide mientras bajaba del ring.

—Ven conmigo, Maul, —dijo Sidious—. Vamos a dar una vuelta.

El crucero de Sidious era un navío elegante con una gran proa, su área de popa enmarcada por alerones angulares que se plegaban hacia dentro durante los aterrizajes. Corría por el hiperespacio, la dimensión del viaje más rápido que la luz. Sidious estaba en el puente del crucero y había dejado a Maul solo, amarrado en el compartimento de pasajeros del crucero. El chico se sentó en silencio, sus tobillos extendiéndose sólo un par de centímetros sobre el borde de su asiento.

Maul miró a través de una ventana de vistas rectangular para ver la cascada luminosa del hiperespacio. Había estado excitado por dejar Mustafar, pero también estaba nervioso, porque no sabía dónde le estaba llevando su Maestro o qué propósito tenía su viaje. Antes, cuando habían subido a bordo del crucero, Maul brevemente se había preguntado si Sidious pretendía llevárselo a un lugar lejano, fuera del sistema solar para matarle. Pero después de pensarlo, decidió que era improbable que su maestro se lo *llevara* a alguna parte para matarle. Si Sidious le quisiera muerto, no perdería el tiempo viajando por el hiperespacio para hacer el trabajo.

El viaje no duró mucho. Maul escuchó el motor de hiperconducción del crucero apagándose. Continuó mirando por la ventana de vistas. Un momento después, los colores brillantes del hiperespacio se desvanecieron y fueron reemplazados por un campo de estrellas. El crucero se inclinó a babor, y Maul vio que habían llegado a la órbita de un pequeño planeta. Reconoció un grupo de estrellas y se dio cuenta de que aún estaban en el sector Atravis.

El crucero descendió hasta la superficie del planeta y aterrizó. Sidious caminó hacia el compartimento de pasajeros, miró a Maul, y le hizo un gesto para que saliera de su asiento. Mientras Maul se desabrochaba el cinturón de seguridad y bajaba a la plataforma, Sidious pasó su mano por un interruptor de control acoplado en la pared, que simultáneamente abrió la escotilla de estribor y extendió la rampa de abordaje. Maul siguió a su Maestro fuera del crucero.

—Bienvenido a Tosste, —dijo Sidious.

Un cielo nebuloso azul flotaba sobre el terreno azul grisáceo. Maul miró por una gran área de tierra principalmente plana y se percató de algunas formaciones de roca extrañamente angulares en la distancia. El suelo estaba cubierto por grupos esporádicos de piedras y peñascos. Maul no vio señales de movimiento.

—Echa un buen vistazo, —dijo Sidious—. Estamos ante lo que una vez fue el fondo de un océano. Si alguna vez tuvo un nombre, ese nombre se perdió con el tiempo hace muchos eones. Aquí, los únicos registros históricos son las evidencias geográficas. —Sidious dio un par de pasos de Maul y miró hacia el horizonte—. Es difícil creer que Tosste fuera una vez hogar de billones de formas de vida. Mientras que la vida en otros mundos evolucionó y alcanzó las estrellas, los habitantes de Tosste nunca estuvieron tan inspirados. Se quedaron aquí. Murieron aquí. ¿Y cuál es su legado? Nada salvo fósiles. —Él agitó su cabeza tristemente—. Vivir sin dejar huella es algo terrible. Morir en el olvido es mucho peor. —Él se giró para encarar a Maul—. Es… irresponsable.

Las palabras de Sidious helaban a Maul. ¿Estaba sugiriendo su Maestro que él era irresponsable? No estaba seguro. Se quedó muy quieto y permaneció en silencio.

Sidious miró al horizonte de nuevo.

—Camina conmigo.

Dejando atrás el crucero, procedieron por un saliente cercano de lechos de roca, que estaba bordeado por un amplio campo cubierto de pequeñas piedras. Las cimas eran un par de grandes peñascos que se alzaban sobre las piedras. Sidious y Maul se detuvieron al borde del lecho de roca. Observando las piedras, Sidious dijo:

—¿Qué es lo que ves?

—Veo rocas, Maestro Sidious.

Sidious frunció el ceño. Entonces señaló al centro del campo de piedras y dijo:

—Ve hacia allí.

Maul siempre se sentía especialmente vulnerable cuando no podía ver a su Maestro, pero hizo lo que le dijeron, punto por punto. Se detuvo.

—Date la vuelta.

Maul se giró para encarar a su Maestro, Sidious estaba con sus piernas separadas, sus manos agarradas tras su espalda. Sidious dijo:

—Sospecho que cada criatura que ha vivido alguna vez en Tosste no pensó mucho sobre las rocas tampoco. Había esperado que fueras más listo. Te lo preguntaré otra vez. ¿Qué ves, esparcido en el suelo a todo tu alrededor?

Los ojos amarillos de Maul iban hacia atrás y hacia delante. Él sólo veía rocas. Algunas eran gravilla otras grandes piedras, y había puntas de un par de peñascos. Como siempre, no quería decepcionar a su Maestro, pero no sabía ninguna otra respuesta que la que ya le había dado. Volviendo su mirada a la cara de su Maestro, dijo dudoso.

—Veo rocas, Maestro Sidious. Miles de rocas.

Algo duro golpeó la clavícula del hombro izquierdo de Maul. Se agachó mientras giraba para enfrentar a su atacante, y mientras se movía, vio el objeto que le había golpeado. Era una piedra, que cayó sobre las rocas cerca de sus pies. Maul miró por el paisaje gris azulado. No había nadie tras él.

Otra piedra golpeó el bíceps derecho de Maul. Él gruñó mientras giraba de nuevo, esta vez para mirar de vuelta a su Maestro.

Sidious no se había movido. Sus manos permanecían tras su espalda. Pero por el rastro de una media sonrisa en la cara del Hombre, Maul de repente supo que las piedras no estaban volando por sí mismas.

Levantando su mirada al cielo, Sidious dijo:

—Las criaturas que una vez pulularon por este océano muerto, carecían de imaginación. Finalmente, es por lo que todas perecieron. Fracasaron en ver… el potencial.

¡¿Potencial?! Maul de repente percibió una pequeña piedra zumbando hacia su cabeza. Alzó una mano para reflejar la piedra mientras se agachaba, pero la piedra pasó entre sus dedos y le dio a uno de sus cuernos.

—¡Armas! —Gritó Maul—. ¡Veo armas!

Sidious suspiró.

—La respuesta correcta es…

—¡Veo armas, Maestro Sidious!

—No lo suficientemente rápido, —dijo Sidious mientras una piedra golpeaba la parte inferior de la espalda de Maul.

Maul se agachó y cogió la roca más cercana. Tan pronto la levantó del suelo la sintió ardiendo en su mano. Aulló mientras reflexivamente abría sus dedos y dejaba caer la roca. ¿Cómo podía la roca haber generado tal intenso calor? Sospechaba que era un truco de su Maestro.

—Oh, vamos, —dijo Sidious impaciente—. Casi cualquier humanoide con dedos puede hacer *eso*.

Dos piedras golpearon la parte trasera de las piernas de Maul, haciéndole caer de sus pies. Jadeó mientras su pequeño cuerpo caía sobre las duras rocas. Alzando la mirada, vio dos piedras más alzarse del suelo. Retorció rápidamente su cuerpo, tratando de escudar su cabeza.

—Quizás me equivoqué sobre que fueras especial, —dijo Sidious mientras observaba a las dos piedras golpear a Maul—. Quizás eres simplemente tan inútil y estúpido como…

Varias piedras se alzaron desde el suelo alrededor del cuerpo de Maul. Maltrecho y magullado, Maul miró a Sidious. Las piedras navegaron por el aire, todas dirigiéndose directamente hacia su Maestro.

Sidious hizo un barrido con una mano desde su espalda y la extendió ante él. Las rocas se detuvieron a mitad de vuelo, entonces cayeron al suelo.

—¿Esto es lo mejor que puedes hacer? —Se mofó Sidious—. Debería aplastarte ahora.

Maul hizo una mueca mientras saltaba sobre sus pies y golpeaba el aire con ambas manos. Docenas de rocas se lanzaron desde alrededor de Maul y corrieron hacia Sidious. Sidious movió su otra mano desde detrás de su espalda y flexionó sus dedos. Las rocas aproximándose rebotaron como si hubieran golpeado un escudo invisible.

Algunas de las rocas que rebotaron cayeron cerca de los pies de Maul. Sorprendido, se tambaleó hacia atrás. No estaba seguro de lo que acababa de pasar.

—Bien hecho, joven, —dijo Sidious mientras el polvo se cerraba a su alrededor—. Has pasado la prueba. —Él empezó a caminar lentamente hacia Maul—. El droide me dijo que moviste el bastón sin tocarlo, pero tenía que ver lo que podías hacer con mis propios ojos. ¿Lo sentiste? ¿Sentiste el poder de tu rabia?

—Sí, Maestro Sidious. —Respondió Maul automáticamente. Hasta ese momento, no había sabido que de hecho él había sido responsable de hacer saltar el bastón desde el ring en la sala de entrenamiento. Miró a las rocas en el suelo. No había pensado en lanzarlas por el aire tampoco. Simplemente… lo había hecho.

Sidious llegó a detenerse junto a Maul. Mirando abajo al chico, sonrió y dijo:

—Quiero mostrarte algo. Quédate cerca a mi lado.

Sidious extendió sus brazos. Maul escuchó un sonido retumbante y entonces vio las piedras deslizándose y botando lejos desde dos de los peñascos más grandes que estaban a quince metros de ellos, parcialmente embebidos en el antiguo lecho del mar. Se dio cuenta de que los dos peñascos estaban alzándose lentamente, como si un gigante invisible los estuviera sacando del suelo. El polvo y el estruendo salían de ambos peñascos mientras se liberaban de la superficie del planeta. Maul lo observó maravillado mientras ascendían varios metros en el aire.

Sidious chasqueó sus dedos. Los dos peñascos se lanzaron aún más altos. Flexionó sus muñecas, y los peñascos giraron juntos como un par de enormes bailarinas. Apartó sus manos, y la distancia entre los peñascos giratorios aumentó. Entonces Sidious juntó sus manos. Aún girando, los peñascos volaron el uno contra el otro y colisionaron con un estruendoso choque. Trozos destrozaos y pedazos de roca explotaron en todas direcciones.

Observando los escombros rocosos llover desde el cielo amarillo, Maul dijo:

—¿Cómo, Maestro Sidious? ¿Cómo?

—Con la Fuerza, —dijo Sidious solemnemente.

Maul observó a Sidious, esperando desesperadamente aprender más.

—La Fuerza es un campo de energía, —continuó Sidious—. Radia a través de la galaxia. Está en todas partes. Fluye entre todas las cosas vivientes y cada objeto inanimado. Está entre nosotros. Está entre las piedras, el crucero de allí… —Él hizo un gesto a su nave estelar—. …por todas partes. Algunos seres… algunos seres muy afortunados que son poderosos en la Fuerza desde el día en que nacieron… son capaces de manipular y controlar la Fuerza. Pueden utilizar su poder para hacer cosas increíbles. Tú y yo, Maul, somos esos seres.

Maul miró a los dos agujeros en el suelo donde los peñascos habían estado recientemente, entonces a todos los restos de los peñascos dispersos por el área. Sabiendo que tal poder destructivo fluía a través de él le hacía sentir muy complacido. Sonrió.

Al ver la expresión del chico, Sidious dijo:

—Tú y yo debemos volver a este mundo a menudo. Aquí te enseñaré los caminos de la Fuerza. Pero debido a que la Fuerza puede ser muy peligrosa para aquellos que no la entienden por completo, hay una regla que debes obedecer. Nunca debes revelar tus poderes a nadie más hasta que yo te diga que estás preparado. Por ahora, la Fuerza es nuestro secreto. Nadie más debe saber sobre ella. ¿Lo entiendes?

—Sí, Maestro Sidious, —dijo Maul, entonces rápidamente añadió—. Pero el droide vio el bastón saltar en el ring. ¿El droide sabe… sobre la Fuerza?

—El droide sabe sólo lo suficiente para ayudarte en tu entrenamiento.

—Maestro, quiero decir… ¿puede el droide *usar* la Fuerza?

Sidious se rió entre dientes.

—No, chico. El droide sólo es una máquina. Las máquinas no pueden utilizar la Fuerza. Pero recuerda, el droide es una herramienta de enseñanza. No se te permite utilizar la Fuerza contra el droide.

—Sí, Maestro Sidious. —Maul se mordió el labio.

—¿Tienes alguna otra pregunta?

—Maestro, usted dijo que no debo revelar mis poderes a nadie más. ¿Quién es ese «nadie más»?

Sidious apretó sus labios, entonces dijo:

—Hasta ahora, has vivido en una vida refugiado, pero sólo es cuestión de tiempo antes de que te encuentres con otros seres. La mayoría de las formas de vida son ignorantes a la Fuerza. No se dan cuenta de que la Fuerza une a toda la galaxia. No pueden atraer poder de la Fuerza. —Sidious golpeó el hombro magullado de Maul—. La mayoría de la gente teme lo que no puede entender.

—Maestro Sidious, ¿tiene que estar enfadado para hacer que funcione la Fuerza?

—No todo el tiempo. —Dijo Sidious—. Pero ayuda.

Maul miró al suelo.

—¿Hay otros como nosotros, Maestro?

Sidious se arrodilló junto a Maul de forma que sus ojos estuvieran al mismo nivel.

—Escucha muy bien, chico. Hay otros que utilizan la Fuerza. Pero no son… como… nosotros.

CAPÍTULO TRES

—Dime lo que sabes de los Jedi, Maul.

Sidious y Maul estaban dentro de la sala de entrenamiento en la instalación de Mustafar. Sidious estaba junto al droide de seis piernas. El droide estaba operando un cabestrante que controlaba un largo cable de metal que se extendía hasta el techo. Maul estaba colgando bocabajo, su pequeño cuerpo envuelto en cadenas, colgando del cable del cabestrante. Ocho metros más abajo de la cabeza invertida de Maul había una tina abierta de ácido.

—Sólo sé lo que he aprendido de las cintas de datos, Maestro, —jadeó Maul en respuesta. Hablar era difícil debido a que la cadena estaba firmemente apretada contra su garganta. Sus muñecas estaban atadas tras su espalda, y mientras luchaba por liberar sus manos, el droide empezó a maniobrar el cigüeñal del cabestrante, lentamente bajando a Maul del techo. Calculaba que al ritmo que estaba descendiendo, tenía cerca de diez minutos para escapar—. Los Jedi, —continuó él—, son guerreros que son poderosos en la Fuerza. Utilizan armas llamadas sables láser. Tienen su base en el planeta Coruscant. Sirven a la República Galáctica como guardianes de la paz.

Sidious sonrió.

—Eso es de acuerdo a las cintas de datos. Pero lo que yo voy a decirte es la *verdad*. —Él se alejó del droide y empezó a caminar en un amplio círculo alrededor de la tina de ácido—. La Orden Jedi fue fundada hacía veinticinco mil años por un grupo de seres que eran poderosos en la Fuerza. Antes de la Orden Jedi, tales seres sensibles a la Fuerza estaban aislados en vez de unidos. Algunos eran vistos como magos. Otros como demonios. No había muchos. Casi todos eran considerados únicos en sus propios mundos. Eran individuos fuertes, poderosos. Libres para vivir y morir como desearan.

—Pero la Orden Jedi cambió todo eso. Empezaron a analizar la Fuerza para entender su poder. Averiguaron que había un amplio espectro que era influenciado por las emociones. Debatieron sobre sus descubrimientos. Con el tiempo, descubrieron que había mucho que no podían entender, y escogieron creer lo que querían creer. Creían que algunos misterios era mejor que se quedaran sin resolver. Creían que la propia Fuerza les estaba probando. Como niños de mente estrecha, supersticiosos, *crearon* explicaciones para la Fuerza.

—Y en lugar de abrazar todo el espectro de la Fuerza, los Jedi ignoraron las infinitas tonalidades de gris que se extendían entre la luz y la oscuridad. Declararon que el lado luminoso de la Fuerza era bueno y el oscuro era malo. Para ellos, no podía haber puntos medios, no había terreno medio. —Sidious dejó salir un suspiro exasperado—. Una cosa es examinar un campo de energía que penetra en la galaxia. ¿Pero darle a un campo de

energía las características del bien y el mal? Uno podría bien decir, «Esa nube quiere protegernos de la radiación solar», pero otros que la nube quiere matarnos con sus rayos.

—Y entonces los Jedi declararon que nacer con poderes de la Fuerza no era un don o una maldición. Insistieron en que era una *llamada*. Proclamaron que la Fuerza nunca debía ser utilizada para propósitos egoístas, que todos los seres sensibles a la Fuerza estaban obligados a utilizar sus poderes en beneficio de otros. —Sidious agitó su cabeza con arrepentimiento—. Muchos usuarios de la Fuerza se unieron a la Orden Jedi, pero los Jedi no estaban satisfechos con sus números. Buscaban a los llamados magos y demonios, y les dieron tres opciones. Unirse a los Jedi, dejar de utilizar sus poderes de la Fuerza, o morir.

Sidious se detuvo para mirar a Maul. Maul había viajado hasta casi la mitad de la tina de ácido. Había sacado su mano izquierda de las esposas y ahora estaba trabajando para liberar su derecha.

—*Uníos a los Jedi*. —Dijo Sidious—. Renunciad a vuestra individualidad y libertad, y luchad sólo cuando los Jedi os digan que luchéis. *Dejad de usar los poderes de la Fuerza*. Uno bien podría decirle a una forma de vida corriente que dejara de vivir. *Morid*. Bueno, no creo que eso requiera una explicación. Y así, los Jedi no sólo aumentaron sus filas sino que destruyeron a aquellos que no estaban de acuerdo con ellos.

—Los Jedi convencieron a la República Galáctica de que podían ser los guardianes de la República. La Orden Jedi prosperó, y expandieron su autoridad más allá de los Mundos del Núcleo. Utilizaron sus poderes y sus sables láser para aniquilar a aquellos que se oponían a ellos. Durante muchos milenios, los Jedi no fueron desafiados. Y se volvieron confiados. Tan confiados que difícilmente podían imaginar la posibilidad de que algunos Jedi no *querían* ser Jedi.

—Pero hace casi siete mil años, un grupo de Jedi se rebeló contra su propia gente. La batalla que tuvo lugar duró cien años. Los llamados guardianes de la paz creyeron que la guerra había acabado cuando expulsaron a los rebeldes supervivientes a una región inexplorada de los Territorios del Borde Exterior. Pero los exiliados no encontraron su fin en el Borde Exterior. Descubrieron la especie Sith, y utilizaron sus poderes para conquistar a los Sith. Se convirtieron en Lords Sith.

Sidious alzó su mano derecha lentamente y examinó sus uñas.

—Maul, en tus estudios de la historia y de la galaxia, ¿has encontrado alguna cinta de datos sobre los Lords Sith?

Maul se había liberado la otra mano y ahora estaba doblado por el pecho, alzando su torso para poder trabajar en las cadenas que estaban mordiéndole los tobillos. Miró a Sidious y respondió:

—No, Maestro.

—Eso es porque los Jedi destruyeron muchos registros. —Sidious flexionó sus dedos, entonces bajó su mano a un lado—. Los primeros Lords Sith tenían un gobernante, el Lord Oscuro de los Sith, y sus ejércitos eran legión. Finalmente, descubrieron el camino de vuelta al espacio de la República y lucharon contra los Jedi en la Gran Guerra

Hiperespacial. Perdieron, pero el Lord Sith Naga Sadow sobrevivió y consiguió conservar su espíritu en una tumba.

—Cientos de años después de la muerte de Sadow, un Jedi llamado Freedon Nadd revivió al espíritu de Sadow. Nadd se volvió el nuevo Lord Oscuro, y utilizó sus poderes para conquistar el mundo de Onderon. Siguiendo el ejemplo de Sadow, Freedon Nadd también conservó su propio espíritu en una tumba. Muchos siglos después, el espíritu de Nadd fue despertado por el Jedi Exar Kun, que se convirtió en el siguiente Lord Oscuro. Exar Kun se alió con un Jedi caprichoso llamado Ulic Qel-Droma, y juntos establecieron una Orden Sith gobernada por dos, un Maestro y un aprendiz. Estos dos Lords Oscuros fracasaron en conquistar a los Jedi porque acabaron luchando el uno contra el otro, como lo hicieron sus sucesores, otro par de antiguos Jedi, llamados Revan y Malak. La historia, al parecer, se repetía. —Sidious miró a Maul—. ¿Voy demasiado rápido para ti?

—No, Maestro. —Estaba teniendo algunas dificultades con las cadenas de sus tobillos, y estaba lo suficientemente cerca del ácido como para que el olor le quemara las fosas nasales.

—He olvidado mencionar que Revan y Malak se renombraron como Darth Revan y Darth Malak. Algunos historiadores creen que Darth es una contracción de *oscuro*[1] y *Sith*, mientras que otros sugieren que es una corrupción de *daritha*, una palabra antigua Rakata para «emperador». En cualquier caso, el honorífico Darth fue introducido en los Lords Sith. Siguiendo a Revan y Malak, otros antiguos Jedi asumieron el título de Lord Oscuro… y ninguno aprendió de los errores de sus predecesores.

—La historia dio un giro diferente hace cerca de mil años, cuando otro antiguo Jedi, llamado Kaan, se alzó de entre las filas de una nueva orden de autoproclamados Lords Sith. Después de que Kaan se convirtiera en Lord Oscuro y uniera a miles de seguidores, trató de evitar los errores de sus predecesores. Para evitar las luchas internas, Kaan propuso que todos los Lords Sith eran iguales. El ejército de Kaan se conoció como la Hermandad de la Oscuridad.

La pinza del droide perdió su agarre en el cigüeñal del cabestrante. El cable de metal se deslizó medio metro antes de que el droide detuviera el cigüeñal con otra pinza. El cuerpo de Maul cayó y se sacudió violentamente en el aire. No gritó sino que permaneció centrado en sus cadenas mientras continuaba su lento descenso al ácido, el cual estaba ahora más cerca de lo que había anticipado.

—En la batalla de Ruusan. —Continuó Sidious—, los Jedi superaron a la Hermandad de la Oscuridad. Con la rendición no siendo una opción, Kaan creó un arma alimentada por la Fuerza llamada una bomba mental, que podía destruir a todos los usuarios de la Fuerza en su radio de explosión. La bomba mental mató a Kaan, su ejército, y a muchos Jedi.

—Pero un Lord Sith sobrevivió. Darth Bane. Bane sabía que Kaan se había equivocado en creer en la fuerza de los números. Bane sabía que demasiados Lords Sith resultaba en demasiada envidia y competencia. Todo el mundo quería ser el líder, el Lord

[1] *Dark* en inglés.

Oscuro, y casi todo el mundo estaba dispuesto a matar a los otros miembros de la Hermandad para lograr esa meta. Y por lo tanto Bane estableció la Regla de Dos. Un Maestro Sith. Un aprendiz Sith. —Sidious miró a Maul, que estaba aún luchando con las cadenas, y añadió—. Cualquiera más sería perder el control.

Maul se liberó, agarró la cadena, y se balanceó hacia fuera, retorciendo su cuerpo en medio del aire para aterrizar en pie junto a la tina llena de ácido. Miró a Sidious. Aunque no sabía su propia edad, ahora era casi tan alto como las caderas de Sidious. Él dijo:

—Maestro, ¿los Lords Sith aún existen?

—Yo no descartaría la posibilidad, —dijo Sidious—. Simplemente recuerda, los Jedi no toleran a los usuarios de Fuerza de fuera de su orden. Es por ellos que tú y yo vivimos en secreto. Si te hubieran descubierto en Dathomir antes que yo, habrían intentado moldearte en uno de los suyos. Un sirviente demente, obediente para la República. Si hubieran fracasado, te habrían destruido. Ahora que sabes la verdad, ¿cómo describirías a los Jedi?

Maul pensó por un momento, entonces añadió.

—Son cobardes, Maestro. Cobardes y tiranos. Son débiles.

Sidious sonrió.

—No subestimes a los Jedi. Incluso aunque tengan un defecto fatal, son formidables.

—¿Cuál es su defecto fatal, Maestro?

—La compasión. —Sidious miró a la cadena que Maul había dejado meciéndose hacia atrás y hacia delante sobre la tina de ácido—. Has tardado demasiado en liberarte. Harás el ejercicio de nuevo. Pero esta vez el droide bajará la cadena más rápido.

Maul se inclinó.

—Sí, Maestro.

CAPÍTULO CUATRO

—Tengo una sorpresa para ti, Maul, —dijo Sidious mientras le daba un objeto de metal cilíndrico al chico—. ¿Sabes qué es?

—Sí, Maestro Sidious, —dijo Maul mientras sus ojos se abrían de asombro—. Es un sable láser. Los he visto en los holovídeos.

Estaban en el planeta Tosste, en el centro de una arboleda de árboles negros nudosos al borde de un desolado campo, no muy lejos del crucero de Sidious. Sidious había estado trayendo a Maul a Tosste regularmente durante el año pasado, ya que los espacios abiertos permitían oportunidades para entrenar que no podían darse en la superficie volcánica de Mustafar. Maul corría grandes distancias y haría largos saltos. Bajo la supervisión de su Maestro, disparaba armas a distancia y explosivos y también practicaba en utilizar la Fuerza para elevar y mover objetos. Maul nunca sabía cuándo Sidious le llevaría a Tosste, o qué planes tendría para él allí, pero siempre estaba dispuesto a cualquier viaje lejos de Mustafar.

Maul giró el sable láser en su mano, probando su agarre. Lo sostuvo lejos de su cuerpo, al igual que había visto a los Jedi sostener sus armas en los holovídeos educacionales que había estudiado en la sala de entrenamiento de Mustafar. Sidious dijo:

—¿Qué piensas?

—Pesa menos de lo que pensé, Maestro.

—Es un sable de entrenamiento. El mismo tipo que usan los jóvenes Jedi.

Maul se preguntaba cómo había obtenido el arma su Maestro. Pero no preguntó.

—Este es el interruptor de activación, —dijo Sidious, apuntando a un interruptor verde en la empuñadura del sable láser—. Presiónalo con tu pulgar.

Maul apretó el interruptor. Una hoja ámbar brillante de pura energía resplandeció desde el emisor al extremo de la empuñadura, acompañada de un fuerte zumbido. Reafirmando el agarre con ambas manos, Maul podía sentir el poder del arma. Sonrió, incapaz de ocultar su alegría.

—Eso es, —dijo Sidious—. ¿Sientes la energía? Ahora, vamos… —Sidious hizo un gesto con la mano—. Pruébalo.

Alejándose de Sidious, Maul hizo un golpe a tientas en el aire, entonces balanceó el sable láser atrás y hacia delante. El zumbido del arma cambió de tono mientras la espada se movía. Maul también se percató de cómo el sable láser iluminaba los árboles que les rodeaban. Cambió su postura y se enfrentó a una rama densa, retorcida que sobresalía de uno de los árboles nudosos. Miró a su Maestro.

—Sé lo que estás pensando. —Dijo Sidious—. ¿Cortará un sable láser de entrenamiento ese árbol? —Sidious se encogió de hombros—. Un Jedi dudaría en compartir esta información, pero… bueno, yo no soy un Jedi. Los sables de

entrenamiento *pueden* ajustarse para un mayor poder, pero el proceso consume un poco de tiempo. Puedes probar esto en su lugar. —Sidious metió la mano en un bolsillo profundo, sacó otro sable láser, y se lo extendió a Maul.

Maul miró al arma en la mano de su Maestro. Apagó el sable de entrenamiento, apenas percatándose de cómo su sonido de zumbido se apagaba, y lo cambió por el sable láser que le ofrecían. Se percató de que la empuñadura era más pesada que la del sable de entrenamiento. Apretó el interruptor de activación.

Un rayo rojo brilló desde el emisor del arma y zumbó al encenderse. Maul inmediatamente percibió que la hoja era aún más poderosa. Miró de nuevo la rama del árbol nudoso, entonces miró a Sidious. Sidious asintió. Maul saltó hacia delante y mandó la hoja del sable láser en un corte hacia abajo a través de la rama. Había esperado escuchar al menos algún tipo de ruido de crujido mientras la rama se separaba del árbol, pero la espada cortó a través de la rama con un zumbido continuo, con tan poco esfuerzo como las alas de un pájaro cortando el aire. Y entonces la rama cortada cayó con fuerza contra el suelo.

—Bien hecho, —dijo Sidious.

Maul barrió con la espada a través de la rama caída una y otra vez. Con cada barrido, se maravillaba de lo limpiamente que la espada cortaba la madera. Por lo que había visto en los holovídeos, sabía que el arma era igual de efectiva con las rocas densas y el metal compacto.

Después de que hubiera reducido la rama del árbol a cubos, volvió su atención al tronco del árbol y siguió balanceando. Sidious no le detuvo.

Cuando Maul acabó con el árbol, reluctante devolvió el sable láser a su Maestro. Sidious dijo:

—Ahora es hora de que medites.

—Sí, Maestro. —Maul se giró y caminó fuera de la arboleda, dirigiéndose al campo cercano. Sidious le había entrenado para relajar su mente y cuerpo cerrando sus ojos y visualizando una nada oscura, cómoda, dejándose abierto al poder de la Fuerza. Maul disfrutaba de meditar. Siempre le hacía sentir más fuerte.

Había dado sólo un par de pasos en el campo cuando sus pies golpearon algo que se movía. Miró abajo y vio un dinko.

Por sus estudios, Maul sabía de los dinkos. Eran unas criaturas repugnantes del tamaño de la palma de la mano… no es que nadie quisiera coger una. Los dinkos tenían poderosas patas traseras, perpetuamente moviéndose que estaban equipadas naturalmente con espuelas serradas, dos pares de garras que arañaban en su pecho, y unos colmillos extremadamente afilados. Las garras eran especialmente temidas, ya que los dinkos las usaban para aferrarse a los dedos o nariz de una víctima y no la soltarían hasta que fueran eliminados quirúrgicamente o matados. Incluso más notorio era el veneno asqueroso del dinko. Debido a que los dinkos eran nativos de Proxima Dibal, un planeta situado al otro lado de la galaxia. Maul se preguntaba cómo había llegado un dinko a Tosste.

El dinko escupió veneno directamente a la cara de Maul. Maul se dobló mientras el veneno le golpeaba, hiriéndole los ojos. Él aulló, entonces bajó su bota con fuerza sobre la criatura. Sintió cierta satisfacción mientras retiraba su pie del dinko aplastado e inspeccionaba sus restos. Complacido por la forma que había tratado con el dinko, se giró a mirar a su Maestro.

—Flaqueaste, —dijo Sidious sin complacer—. ¿Tenías miedo del dinko?

—Sí. Maestro. Pero controlé mi miedo. —Maul afirmó su punto con gran certeza.

Sidious respondió con un asentimiento. Pero por la experiencia, Maul sabía que su Maestro no estaba complacido. También sabía que vendría un castigo.

Volvieron a Mustafar. Maul se comió su merienda como normalmente. No estaba confinado en un traje de privación sensorial ni fue forzado a dormir sobre el duro suelo. Los controles atmosféricos de su cuarto no fueron apagados.

Ningún castigo llegó al día siguiente, o al siguiente, ni en ningún momento pronto. Finalmente Maul se olvidó del incidente del dinko en Tosste.

Y entonces una noche, tras una serie particularmente exhaustiva de ejercicios. Maul fue a su cuarto en la sala de entrenamiento. Después de entrar en su cuarto, la puerta siseó al cerrarse tras él. Se desvistió en la oscuridad. Entonces dio la vuelta a la cubierta que había sobre su colchón, y un dinko saltó directamente hacia él.

Maul estaba sorprendido. Bateó al dinko pero falló cuando trató de aplastarle hasta la muerte. Vaciló, temiendo que sus garras desgarraran su pie desnudo.

Otro dinko saltó desde una esquina. Ese dinko fue seguido de otro, y entonces otro. Maul se dio cuenta de que la habitación estaba llena de las criaturas.

El chico corrió hacia la puerta y golpeó el botón para abrirla. La puerta permaneció cerrada. Trató de encender las luces. Las luces permanecieron apagadas. En la oscuridad, un dinko saltó hasta el hombro de Maul y hundió sus garras en su oreja. Otra aterrizó en uno de los pulgares de sus pies. Maul chilló y gritó mientras trataba de sacudírselos. Los dinkos escupieron su veneno y le cegaron. El hedor era nauseabundo. Maul lanzó su cuerpo contra las paredes en un intento desesperado de aplastarlos.

Le llevó a Maul casi una hora matar a todos los dinkos. Cuando estuvo hecho, sucumbió en el suelo de su cuarto lleno de sangre.

La puerta no se abrió hasta la mañana siguiente. Se deslizó hacia atrás para revelar a Sidious en la entrada. Miró la piel inflamada de Maul, los ojos hinchados, y las manos y pies sangrientos. Dijo:

—No vuelvas a flaquear.

Maul lo entendió. Aprendió. Obedeció. Y tras su prueba contra los dinkos, nunca volvió a flaquear.

CAPÍTULO CINCO

—Quédate quieto, —dijo el droide de seis piernas mientras limpiaba la sangre de la caja torácica de Maul.

Maul encogió los ojos al borde de la mesa de metal y dijo a través de los dientes apretados:

—Tienes el tejedor de huesos en la postura equivocada.

—No, no lo hago, —dijo el droide mientras movía la herramienta médica más profundamente en el lateral izquierdo de Maul. Entonces repitió—: Quédate quieto.

Estaban en la extensa sala de entrenamiento en la instalación de Mustafar. Habían pasado cinco meses desde que Sidious había empezado a entrenar a Maul en el combate de sable láser. En los días recientes el droide había estado enseñándole cómo lanzar las espadas con gran precisión, y también cómo esquivar y atrapar las espadas que el droide le lanzaba mientras hacía sus ejercicios. En cuanto a correr por las paredes y dar volteretas hacia atrás hacia el suelo, Maul se había convertido en tan experto que podía hacerlo con los ojos cerrados. Sin embargo, no había estado preparado cuando, un par de minutos antes, había sido pateado por sus pinzas.

El droide apartó el tejedor de huesos, entonces roció un exótico bálsamo sobre la piel de Maul.

—Deberías estar aliviado de que el Maestro Sidious no estuviera presente cuando me permitiste romperte dos de tus costillas, —dijo el droide—. Habría estado muy descontento.

—No te *permití* romperme las costillas, —dijo Maul mientras el droide empezaba a envolver una venda alrededor de su torso—. Pensé que estabas cerca de mí para observarme en mi ejercicio.

—Bueno, ya sabes lo que el Maestro Sidious diría. —Ajustando el tono y timbre en su vocabulador para mimetizar perfectamente a Sidious, el droide graznó—. *Dejarte vulnerable es una invitación abierta a la muerte*. —Volviendo a cambiar a su voz habitual, el droide dijo—: Aún así, lo siento. No pretendía herirte. Fue un accidente.

Las palabras del droide sorprendieron a Maul. El droide nunca había imitado antes a Sidious o se había disculpado con Maul. Nadie se había disculpado con Maul antes. Maul dijo.

—Tendré más cuidado la próxima vez. —Entonces miró a los fotorreceptores rojos del droide y añadió—. ¿Tienes un nombre? He aprendido del ordenador que muchos droides tienen nombres.

El droide respondió con un ruido chirriante que sonaba como a un cruce entre engranajes rozando y una risa.

—Fui programado y diseñado para el entrenamiento y la disciplina. Mi designación es TD-D9. Si lo deseas, puedes llamarme Denueve.

—Gracias, Maestro Denueve.

El droide trinó de nuevo.

—No. Sólo Denueve.

—Oh. —Maul de repente tenía curiosidad por el droide—. ¿Siempre has estado en Mustafar, Denueve?

—No, he visitado otros mundos. He estado en Coruscant, Naboo, y… —El droide movió sus fotorreceptores para encarar a Maul y dijo—. Olvida lo que he dicho. No has escuchado eso de mí.

—No lo diré.

—Bien. Deberías ponerte una camisa ahora.

Maul se bajó de la mesa y alcanzó la camiseta que había estado llevando antes. Ahora tenía un agujero, donde la pinza del droide había perforado la tela, y estaba manchada de sangre. Pero antes de que Maul pudiera coger la camiseta, el droide la atrapó y añadió:

—Deberías ponerte una camisa *limpia*.

Maul caminó por la sala de entrenamiento y caminó a través de una entrada para entrar a su cuarto. Casi dos veces del tamaño de su antigua habitación, su cuarto tenía un sistema de luces que podía controlar, un colchón con cubierta, y un pequeño arcón para almacenar la ropa. También tenía una puerta que podía abrir desde el interior o el exterior. Excepto cuando Sidious o el droide le encerraban, era generalmente libre para ir a la sala de entrenamiento en cualquier momento.

Pero había una cosa de la que carecía su cuarto. Una ventana.

La antigua habitación de Maul había sido en casi cualquier sentido nada memorable, pero tenía vistas. Había pasado muchas horas escaneando las rocas por mustafarianos y sus monturas de pulgas de lava, pero sus recuerdos de ese tiempo parecían cada vez más tenues. Antes había deseado tener vistas de un mundo diferente. Ahora se preguntaba si vería alguna vez la lava fluyendo en el feroz mar de nuevo.

Alcanzó su arcón y sacó una camiseta negra limpia. Pensaba que era extrañamente amable para el droide que sugiriera que llevara una camiseta limpia. Había aprendido de la amistad de una grabación educacional, que mostraba cómo algunas criaturas vivían y trabajaban juntas sin dañarse los unos a los otros. Se preguntaba si el droide podría ser su amigo.

Maul tiró de la camiseta y sintió una punzada de dolor en su lateral izquierdo. Apretó sus dientes y dio una serie de respiraciones rápidas y superficiales por la nariz, con cuidado de no expandir sus pulmones demasiado de forma que le dolieran las costillas. Se preguntaba cuánto le llevaría a sus costillas sanarse.

Mientras salía de su cuarto, dijo:

—Denueve, ¿cuándo sanarán…? —Él se detuvo en corto cuando vio a Sidious en pie junto al droide. No había escuchado a Sidious entrar en la sala de entrenamiento.

Sidious estaba sosteniendo la camiseta desgarrada, ensangrentada de Maul. Sidious miró del droide a Maul y dijo:

—Maul, dime qué ha ocurrido.

Maul miró al droide, entonces dijo:

—Estaba entrenando, Maestro Sidious. Corrí por la pared, y cuando salté lejos de ella, Denueve sacó una pinza y me rompió dos de mis costillas. Fue un accidente, Denueve no quería herirme.

—¿De verdad? —Dijo Sidious—. No sabía que el droide era capaz de hacer nada accidentalmente. O que tú y… «Denueve» estuvierais en términos tan familiares. —Aún sosteniendo la camiseta desgarrada, Sidious miró al droide—. ¿Es cierto? ¿Heriste a Maul por accidente?

—No, Maestro Sidious, —dijo el droide—. Cuando Maul saltó de la pared, alcé mi pinza sabiendo que le rompería las costillas si no ajustaba su cuerpo en mitad del aire.

—En otras palabras, ¿mentiste?

—Sí, Maestro Sidious. Mentí.

Sidious volvió a mirar a Maul.

—¿Has aprendido algo de esto, Maul?

Maul miró al droide. Se sintió traicionado y enfadado. No podía creer que hubiera confiado en el droide. Volviendo a mirar a Sidious, dijo:

—Sí, Maestro Sidious. He aprendido que no debo confiar en nadie. Debo estar preparado para atacar y contraatacar en todo momento.

—Excelente, —dijo Sidious mientras lanzaba la tela rasgada en la mesa de metal—. Y debido a que «en todo momento» incluye ahora mismo, ahora repetirás el ejercicio que estabas haciendo con el droide. Sólo que esta vez, evitarás romperte más costillas. —Sidious hizo un gesto hacia la pared más cercana—. Empieza de una vez.

El droide hizo un ruido de chirrido, entonces dijo:

—Le ruego me perdone, Maestro Sidious, pero le sugiero que permita que las costillas de Maul se sanen antes de que intente…

—No recuerdo haber pedido la opinión de nadie, —dijo Sidious, manteniendo sus ojos en Maul—. Especialmente una opinión de alguien que es un mentiroso confeso.

El droide no ofreció respuesta.

—Ahora, Maul, —continuó Sidious—, lo que *tú* has dicho es absolutamente cierto. *Debes* estar preparado para atacar y contraatacar en todo momento. Si tus huesos se hubieran roto durante un combate contra un enemigo real, ¿crees que ese enemigo esperaría hasta que te sanes antes de atacarte de nuevo?

—No, Maestro Sidious.

Sidious hizo un gesto de nuevo hacia la pared.

—El droide estará cerca mientras corres por la pared y saltas de nuevo al suelo. En cualquier momento dado, el droide puede atacar. Y el droide no se contendrá porque ya estés herido. ¿Lo entiendes?

—Sí, Maestro Sidious.

Mirando al droide, Sidious añadió:

—¿Lo entiendes?

—Sí, Maestro Sidious. —El droide se pegó a la pared y esperó a que Maul corriera.

Maul fue directo hacia la pared. Trató de ignorar sus costillas rotas, pero con cada paso, sentía el dolor agudo intensificarse. No gritó. No le daría ni a su Maestro ni al droide la satisfacción de oírle gritar. Estaba enfadado con ambos, especialmente con el droide. Dejó que el dolor alimentara su rabia, dejó que la rabia alimentara su fuerza. Corrió por la pared varios pasos antes de patear, manteniendo su brazo izquierdo cerca de su lateral para evitar que el droide le golpeara en la caja torácica de nuevo.

Maul no pensaba que el droide atacara en su primera voltereta desde la pared. Estaba en medio del aire cuando el droide golpeó con una fuerza violenta. Maul sintió su brazo izquierdo romperse mientras el golpe del droide le lanzó por la habitación. Maul chocó contra la pared opuesta y entonces todo se volvió oscuro.

Cuando Maul abrió sus ojos, estaba yaciendo en el colchón de dormir de su cuarto. La parte superior de su brazo izquierdo estaba fuertemente vendada. Él se presionó con cuidado. Cada parte de su cuerpo le dolía. Moviendo su mano derecha por su lateral izquierdo, sintió que las vendas estaban húmedas con sangre. Y entonces se percató de una sombra familiar cayendo por el suelo desde la entrada.

—El Maestro Sidious está muy descontento, —dijo TD-D9 mientras caminaba hacia el cuarto de Maul—. Muy descontento con ambos.

Maul se percató de que el droide estaba llevando un kit médico. Apartó la mirada del droide y miró a la pared.

—Vete y déjame en paz.

—Tus vendas necesitan cambiarse.

—¡He dicho que te vayas!

—Pero si no aplico bacta, tus heridas no sanarán. Se infectarán y…

—¡Mantén tus garras lejos de mí! ¡Me encargaré yo mismo!

El droide dio un suspiro mecánico, entonces puso el kit médico en el suelo junto al colchón de Maul. Pero mientras el droide se retiraba hacia la entrada, se detuvo y dijo:

—Hay algo que quiero decirte, Maul. Quiero que sepas que yo…

—No me importa lo que tengas que decir, —interrumpió Maul—. Eres un mentiroso.

—Es cierto, mentí. —Dijo TD-D9—. Pero no te mentí a ti. Mentí al Maestro Sidious.

Maul escuchó.

—Cuando le dije al Maestro Sidious que te mentí, era una mentira. La verdad es que accidentalmente rompí tus costillas. Pero si le hubiera dicho la verdad al Maestro Sidious, me habría destruido.

Maul apartó la mirada de la pared y frunció el ceño al droide.

—¿También vas a decirme que romperme el brazo fue un «accidente»?

—No, Maul. Lo hice a propósito, fue la única forma de acabar inmediatamente con el ejercicio. No quería prolongar tu dolor. No quería herirte. Te golpeé con tanta fuerza como para noquearte porque no quería que el Maestro Sidious te hiriera más que eso.

—¡Rompiste mi brazo!

—Lo siento por eso. Pero creo que el Maestro Sidious habría hecho algo peor.

Maul pensó sobre esto, entonces dijo:

—¿Qué te hace pensar que no le diré al Maestro Sidious que le mentiste?

—Si lo haces, me reemplazará con otro droide. Quizás él me reemplace con un droide que realmente disfrute de infligir dolor. —El droide suspiró de nuevo—. Te he dicho que lo siento. Tus vendas realmente necesitan cambiarse.

—Lo haré yo mismo, —dijo Maul hoscamente—. No quiero hablar más contigo.

El droide caminó hacia fuera a través de la entrada, dejando atrás el kit médico. Maul miró al kit médico y se preguntó si su Maestro o el droide le habían hecho algo a las vendas de forma que le dieran aún más dolor después de que se las pusiera.

Encaró la pared que estaba enfrente de la puerta. Pensó en los tapices que decoraban las paredes en la cámara de Sidious, y cómo un tapiz ocultaba el pasadizo a la sala de entrenamiento. Se preguntaba si un pasadizo secreto pudiera estar oculto tras la pared justo enfrente de él.

Demasiado débil para caminar, reptó hacia la pared y presionó su mano derecha contra ella. La pared no cedió bajo su presión, pero mientras quitaba la mano de su superficie, vio que había dejado rastros de sangre. Se había olvidado de que había tocado su lateral herido antes.

Recordó las palabras de su Maestro en Tosste: *Vivir sin dejar huella es algo terrible. Morir en el olvido es mucho peor*.

Maul extendió el brazo hasta su herida de nuevo, entonces extendió su dedo índice y dibujó un rastro vertical de sangre directamente en la pared. Entonces dibujó otra línea vertical a la derecha de la primera y entonces añadió dos líneas horizontales que conectaban con las líneas verticales para formar un rectángulo. Luego Maul se concentró en el área dentro del rectángulo. Le llevó sólo cerca de veinte minutos llenar el rectángulo de dibujos de lo que recordaba de Mustafar de sus vistas a través de la ventana de su antigua habitación. Para cuando acabó, se sintió muy cansado.

Maul reptó de vuelta a su colchón y yació de nuevo, colocando su cabeza de forma que pudiera mirar al dibujo que había hecho con su propia sangre. Deseó poder saltar al dibujo y salir corriendo. Aún estaba mirando al dibujo cuando se deslizó en un sueño.

Cuando Maul se despertó después, aún estaba en su cuarto pero vestido con vendas nuevas. Se dio cuenta de que TD-D9 debía haber cuidado de él mientras estaba durmiendo. También se percató de que todas las paredes habían sido limpiadas, y que su dibujo había sido completamente borrado.

TD-D9 apareció en la entrada. Maul frunció el ceño al droide. TD-D9 dijo:

—El Maestro Sidious me ha ordenado que te lleve a él ahora.

Maul decidió que era mejor no mencionar el dibujo. Pensó que le heriría levantarse, pero se sintió sorprendentemente mejor que antes. Sospechaba que el droide le había dado medicina mientras estaba durmiendo. Dejando su cuarto, siguió al droide a través de

la sala de entrenamiento y a través del pasadizo que llevaba a la cámara privada de Sidious. Mientras caminaban, Maul dijo:

—Denueve, ¿sabes si el Maestro Sidious pretende matarme?

—No lo creo, —respondió TD-D9—. Ha invertido tanto tiempo en tu entrenamiento que sospecho que quiere que sigas con vida. Pero no creo que debieras haber hecho ese dibujo en la pared.

Los pasos de Maul no flaquearon mientras continuaba siguiendo al droide, pero su mente estaba acelerada de repente. Se preguntaba qué consecuencias sufriría debido al dibujo. Dijo:

—¿Vio el Maestro Sidious el dibujo?

—No lo sé. Lo borré justo después de que te quedaras dormido.

—¿Entonces cómo sabría sobre el dibujo… a no ser que tú se lo dijeras?

—No tuve que decírselo, —dijo TD-D9—. Ya deberías saber, niño… que Sidious lo sabe todo.

Antes de que Maul pudiera hacer al droide cualquier otra pregunta, salieron del pasadizo. Encontraron a Sidious en pie junto al orbe acuoso flotante. Maul se percató de que el orbe había sido rellenado con peces vivos. Vio a los dos supervivientes de la colección previa al acecho al fondo del orbe. El pez gris grande estaba apartando la mirada de Maul, pero el pequeño con tiras rojas y negras tenía uno de sus ojos amarillos fijo en el chico.

El pez rayado se había vuelto más grande desde la última vez que Maul lo había visto.

Sidious miró a Maul, entonces frunció el ceño.

—Dime, ¿crees que he sido duro contigo?

—No, Maestro Sidious.

—¿Entiendes que tu entrenamiento sirve a un propósito mayor?

—Sí, Maestro Sidious.

Sidious sonrió.

—Sospechaba que otro cuestionaría mis métodos de enseñanza, pero me alegro de que tú no. Puedo asegurarte que eres un pupilo excelente. Ni una vez has llorado durante tus recientes ejercicios. Ni una vez. Eres un chico excepcionalmente fuerte, y te estás volviendo más fuerte cada día.

—Gracias, Maestro Sidious, —dijo Maul mientras se inclinaba, ignorando el dolor de sus costillas doloridas.

Sidious alzó sus cejas.

—Ahora, hay otro asunto que ha llegado a mi atención. Evidentemente, no estás del todo satisfecho con tu cuarto. Echas de menos las vistas que una vez tuviste de Mustafar. ¿Es eso correcto?

Sin vacilar, Maul respondió:

—No estaba pensando con claridad cuando hice un dibujo en mi pared, Maestro Sidious.

—¿No deseas volver a tu antigua habitación?

—No, Maestro.

Sidious sonrió de nuevo.

—No pensé que quisieras volver a esa pequeña caja. Pero si echabas de menos las vistas de Mustafar, debías habérmelo dicho. Después de todo, ver Mustafar es algo que se puede organizar fácilmente. —Sidious movió un dedo a TD-D9.

El droide respondió disparando un dardo tranquilizante en el cuello de Maul. Maul colapsó en el suelo. TD-D9 no intentó romper su caída.

Un fuerte rugido despertó a Maul. Él tosió mientras inhalaba vapores calientes, acres, y sus ojos dolían mientras los abría. Vio oscuridad por encima, y por un momento, pensó que estaba en una cueva. Pero entonces se percató de que la oscuridad se estaba moviendo y viva con brillantes estrellas rojas bailando. Y de repente supo lo que estaba mirando realmente.

Nubes oscuras. Y volando, cenizas ardiendo.

Se levantó. Estaba en un amplio saliente de roca en la superficie de Mustafar. El fuerte sonido de rugir venía de un conducto de ventilación rocoso cercano que estaba escupiendo lava. No sabía cuánto había estado fuera o siquiera lo lejos que estaba de las instalaciones de Sidious. Pero sabía que no había llegado a este sitio por sí mismo.

Miró alrededor. No vio señales de TD-D9 o de Sidious, o de ningún tipo de refugio. Aunque no le habían quitado las ropas y vendas que llevaba, no le habían dejado ningunas provisiones. Pero tenía algo en su ventaja. Tenía su entrenamiento.

Maul no tenía miedo. Se sentía libre. Podía vivir o perecer en este mundo hostil sin que nadie le dijera qué hacer. Y entonces se dio cuenta de que no estaba de ninguna forma ansioso por morir. Se volvió resuelto a sobrevivir. Haría cualquier cosa y lo que fuera necesario para permanecer con vida.

Vio una forma oscura moverse junto a la ventilación de la lava. Agachándose hasta el suelo, ignorando el dolor de sus costillas y su brazo izquierdo, observó maravillado mientras un mustafariano alto, enmascarado cabalgaba sobre una enorme pulga de lava de seis piernas. Dos mustafarianos más montados en pulgas le seguían.

Maul no tenía ni idea de adónde se dirigían los mustafarianos, o si iban a un campamento minero o de vuelta a su aldea remota. Los rastrearía, encontraría su comida, y la robaría. Si era necesario matarlos para asegurarse su supervivencia, reuniría rocas para golpearles hasta la muerte o los estrangularía con sus propias vendas y huesos rotos. Y entonces encontraría su camino de vuelta hasta Sidious y demostraría que era ciertamente un chico fuerte. Demostraría que no temía nada.

Se ganaría el respeto de su Maestro.

Los tres mustafarianos se movieron. Maul los siguió.

CAPÍTULO SEIS

—Ah, has vuelto, —dijo Sidious a Maul, que se erguía ante él en la cámara decorada de tapices en la instalación de Mustafar. Sidious estaba sosteniendo un pequeño contenedor de restos de comida, que había estado suavemente colocando en el orbe acuoso flotante para alimentar a los peces. La cabeza de Maul estaba cubierta de hollín y polvo, y su torso estaba adornado con una armadura mustafariana que encajaba mal, manchada de sangre. Mirando a la armadura, Sidious sonrió—. Veo que te has mantenido ocupado durante tu breve salida.

El droide de piernas de araña TD-D9 estaba a una corta distancia tras Maul. La pierna derecha delantera del droide le faltaba, y una de sus piernas izquierdas estaba mermada.

—Le encontré fuera, Maestro Sidious, —dijo TD-D9—, no muy lejos de la plataforma de aterrizaje. Había puesto una trampa. Caminé directamente hacia ella. —Alzando uno de sus brazos pinza, el droide sostuvo los restos destrozados de su pierna derecha frontal—. Maul podía haberme destruido.

Sidious apartó la comida de peces y miró a Maul escéptico.

—¿Es eso cierto? ¿Podías haber destruido al droide?

—Sí, Maestro Sidious, —respondió Maul.

—¿Entonces por qué no lo hiciste?

Maul inclinó su mentón hacia el droide.

—Porque quería traerle esa cosa de vuelta a usted en pedazos.

Sidious sonrió de nuevo.

—¿Maul sabes cuánto has estado corriendo por la superficie de Mustafar?

Maul puso una mueca.

—No estoy seguro, Maestro Sidious. Me quedé dormido dos veces mientras estaba fuera.

—Bien, te lo diré, entonces. Sobreviviste fuera durante diecisiete días estándar. Dudo mucho que muchos chicos de tu edad… y eso incluye a los jóvenes mustafarianos… puedan lograr tal cosa sin una riqueza de provisiones y equipo de emergencia. Te elogio.

Maul se inclinó, sosteniendo su brazo izquierdo lejos de su lateral mientras lo hacía.

Sidious se dio cuenta del ángulo del brazo de Maul.

—No te has sanado apropiadamente. Tu brazo ha debe romperse de nuevo y recolocarse. ¿Te duele?

—Sí, Maestro Sidious, —dijo planamente Maul, su tono sin traicionar ni ligeramente su extrema incomodidad. Fuera por la esquina de sus ojos, espió al pez con tiras rojas y negras con los ojos amarillos nadando cerca del pez gris más grande en el fondo del orbe cercano que estaba suspendido sobre la mesa de comedor circular. El pez de ojos amarillos parecía haberse vuelto más grande de nuevo.

Sidious miró a TD-D9 y dijo.

—Lleva a Maul a la sala de entrenamiento. Atiende su brazo. Límpiaselo. Y entonces tráelo de vuelta a mí.

—Sí, Maestro Sidious, —dijo el droide, entonces añadió—: Después, ¿desea que repare mis propias piernas?

—Sí, por supuesto, —dijo Sidious.

Dejando a Sidious, TD-D9 cojeó tras Maul hasta la sala de entrenamiento. Ninguno habló ni una vez, ni siquiera mientras el droide recolocaba el brazo roto de Maul. Treinta minutos después, volvieron a la cámara de Sidious. Maul estaba llevando ropas limpias. Su brazo izquierdo estaba envuelto en una tablilla de bacta.

Sidious estaba sentado en la mesa de comedor bajo el orbe acuoso. Cubertería fina, platos de cena, y vasos para beber estaban en la mesa. Encarando a TD-D9, Sidious dijo:

—Puedes repararte después de que nos traigas la cena.

—Sí, Maestro Sidious, —dijo el droide, cojeando fuera de la cámara de nuevo.

Sidious miró a Maul mientras hacía un gesto al joven para que se sentara en la silla enfrente de la suya. Maul estaba sorprendido. Su Maestro nunca antes le había invitado a cenar en la cámara. Y debido a que estaba extremadamente hambriento, también se sintió agradecido. Maul se inclinó ante su Maestro antes de sentarse. Los peces nadando sobre el orbe acuoso por encima hacían sombras ondulantes por la superficie de la mesa.

—Esta es una ocasión trascendental, —dijo Sidious solemnemente mientras arrastraba su dedo alrededor del borde de su vaso—. Debido a que mi presencia es cada vez más requerida en otros mundos, lo he organizado para que atiendas en la Academia del planeta Orsis. Es una institución de entrenamiento de paramilitares para los gobiernos planetarios. También entrenan a agentes de inteligencia, mercenarios, y asesinos, así como un suministro de combatientes profesionales para las arenas de gladiadores. Es una escuela muy exclusiva. Ser un cadete de Orsis es considerado un honor.

Maul estaba sorprendido. La idea de abandonar Mustafar y atender en una escuela con otros estudiantes era casi abrumadora.

—El director de la Academia, —continuó Sidious—, es un falleen llamado Trezza. Es un poco bajo y de casi doscientos años, pero no dejes que eso te engañe. Es tan duro como ellos, y los trucos mentales no funcionarán con él. Pero hay un par de desafíos menores. Trezza no sabe mi nombre y nunca lo hará. Y para proteger mi identidad, deberé llevar un disfraz. ¿Entendido?

—Sí, Maestro, —dijo Maul, aunque sólo podía imaginar por qué su Maestro querría proteger su identidad.

—Tú puedes utilizar tu nombre, pero hay una pega, y es muy importante. No se te permite utilizar tus poderes de la Fuerza en Orsis a no ser que estés solo conmigo, y a no ser que te de permiso. Cuando el tiempo lo permita, continuaré entrenándote en los caminos de la Fuerza mientras estés en Orsis, pero nunca debes utilizar tus poderes contra ningún otro estudiante o miembro de la facultad bajo ninguna circunstancia. Nunca debes

siquiera hablar de tus poderes a nadie más en Orsis. Si desobedeces esta orden, las consecuencias serán las más extremas. ¿Entendido?

—Sí, Maestro. —Sabía lo que significaba *extremas*.

Sidious llenó de un líquido de color apagado en el vaso ante Maul y entonces en el suyo. Alzando el vaso hacia Maul, Sidious dijo:

—Por los futuros esfuerzos.

Mientras Sidious y Maul bebían, TD-D9 volvió cojeando hasta la cámara llevando una bandeja que contenía platos cubiertos por tapas en cúpula. El droide puso los platos cubiertos ante las figuras sentadas, entonces dijo:

—¿Ha terminado conmigo Maestro Sidious?

—Definitivamente, —dijo Sidious. Manteniendo sus ojos en Maul, Sidious hizo un gesto hacia el droide. TD-D9 se elevó del suelo, voló por la cámara, y se aplastó contra la pared. El impacto fue tan grande que Maul se percató de las pequeñas ondas de choque ondeando por el orbe suspendido. Los fotorreceptores del droide se apagaron mientras su cuerpo arruinado colapsaba en un fuerte crash.

Maul no flaqueó. Pensó en todo el tiempo que había compartido con el droide, cómo le había educado y castigado, y cómo nunca había esperado que su Maestro lo destruyera. No habría tenido ocasión de decirle adiós, o de destruir al droide él mismo. Todos esos pensamientos corrían por su mente, pero él no flaqueó.

El humo empezó a elevarse de la cabeza destrozada del droide. Sidious sonrió.

—No es la forma más eficaz de eliminar a un droide viejo que ya no necesitamos, pero eso se *sintió* bien. Ahora, veamos qué hay de cena. —Ignorando al droide ardiendo al otro lado de la cámara, Sidious alzó la tapa de su plato y reveló que no había nada en él. Suspiró—. Oh, bueno, no tenía mucha hambre de todos modos. ¿Qué hay de ti, Maul? ¿Qué hay en tu plato?

Maul no tenía ni idea de qué tipo de juego estaba jugando su Maestro. Esperaba encontrar comida en su plato pero se preparó para la decepción. Retiró la tapa de su lugar para revelar al pez a tiras rojas y negras que había visto crecer durante los últimos cuatro años. Yaciendo de lado, el pez le devolvía la mirada con un ojo. Maul vio las agallas del pez flexionarse y se dio cuenta de que aún estaba vivo.

Maul no flaqueó.

El ojo del pez se elevó para mirar a su antiguo hogar, el orbe sobre la mesa, donde los otros peces continuaban nadando. Maul dudaba que Sidious esperara que cogiera el pez y lo volviera a meter al orbe.

—Vamos, —dijo Sidious—. Come.

Maul obedeció. Perforó el pez, empezando con la cabeza. Mientras comía, Sidious dijo:

—Partiremos hacia Orsis esta noche. ¿Tienes alguna pregunta?

—Sí, Maestro, —dijo Maul entre bocados—. ¿Cuál será su disfraz en Orsis?

—Naturalmente, —dijo Sidious—, me presentaré como un hombre con falta de visión.

CAPÍTULO SIETE

—Bienvenidos a la Academia de Orsis, —siseó el bajo hombre falleen, un humanoide reptiliano con la piel verde, mientras caminaba desde el enorme escritorio de su oficina para saludar a las dos personas, un hombre y un chico, que acababan de entrar—. Soy Trezza, el director de la Academia.

—Gracias por recibirnos, —dijo el hombre, que llevaba un vistoso juego viejo de gafas cibernéticas, un aparato sensor de metal que completamente ocultaba sus ojos y la mayor parte de su frente. Agarraba un bastón con una mano y tenía su otra mano en el hombro de su joven acompañante, que llevaba unas túnicas amplias negras—. Permítame presentarle a Maul.

Trezza ya se había percatado de los cuernos y el perfil tatuado del chico, y supuso que era un zabrak. Trezza se inclinó ligeramente y dijo:

—Saludos, Maul. Puedes llamarme Maestro Trezza.

Maul se inclinó profundamente.

—Es un honor, Maestro Trezza.

Volviendo su atención al hombre con las gafas sensoras, Trezza dijo:

—¿Y cómo debo dirigirme a usted, señor?

Sidious suspiró.

—Con todo el respeto prefiero permanecer anónimo. Por propósitos prácticos.

—Muy bien, —respondió Trezza con una suave sonrisa, haciendo evidente que no era extraño a los clientes que valoraban su privacidad sobre todo lo demás—. ¿Entonces, han venido aquí para discutir…?

Sidious sonrió.

—Como mencioné en el holomensaje que mandé, soy un hombre de negocios modesto. Pero anticipo que mis negocios se expandirán enormemente en los años venideros y que la competencia aumentará. Debo requerir un guardaespaldas muy dedicado. Uno con un buen par de ojos. Debe haberse percatado de que estoy de algún modo comprometido ocularmente. —Sidious alzó su bastón y toqueteó el mango un par de veces contra el lateral de sus gafas sensoras—. La visión de Maul es excepcionalmente buena, y su lealtad está lejos de cuestionarse.

Trezza miró a Maul de nuevo, entonces volvió su atención al hombre con gafas.

—¿Tiene un marco de tiempo para cuando espera que Maul haya… *crecido* lo suficiente para tal trabajo?

Sidious se rió entre dientes.

—Mi mente está bastante formada respecto a Maul. Puedo permitirme esperar. ¿Confío en que haya recibido los créditos que mandé por su registro y tutela?

—Sí, —siseó Trezza. Cogió un panel de datos y examinó una lectura—. Su pago está en orden. Sin embargo, Maul tiene que recibir un examen físico estándar. También, su edad no estaba indicada en el registro. A nuestra administración le gustaría saber eso y algún que otro dato para propósitos de posición y mantenimiento del registro general.

—Por motivos confidenciales, —dijo suavemente Sidious—, preferiría no divulgar la edad de Maul. También solicito que no le pinche ningún droide médico a no ser que reciba heridas que requieran atención inmediata. Ya he hecho una contribución además de las otras tasas, pero estoy bastante dispuesto a pagar más para asegurar la… privacidad.

—Eso no será necesario, —dijo Trezza—. Su contribución fue excedentemente generosa, y bastante apreciada. Si es su deseo que no mantengamos ningún registro de la inscripción del chico, personalmente garantizaré que no habrá registros. Sin embargo hay una cosa que debemos dirigir. Incluso aún estando muy lejos de Coruscant, la Orden Jedi prohíbe a la Academia de Orsis entrenar a usuarios de la Fuerza.

Ni Sidious ni Maul flaquearon. Sidious sonrió y respondió:

—Es usted muy perceptivo, Maestro Trezza.

Trezza lamió el lateral de su nariz.

—Mi nariz y yo hemos estado juntos un tiempo, y nos hemos encontrado con muchos tipos. Puedo oler a los usuarios de la Fuerza. Sospecho que está al tanto de las normas y regulaciones de la Orden Jedi, y ellos esperan que informe por cualquier solicitante sensible a la Fuerza, pero hay otro hecho para usted, realmente no me importan mucho los Jedi. De la forma en la que veo las cosas, si un cadete es sensible a la Fuerza, es asunto del cadete. Simplemente no lo hagas asunto *mío*. —Él miró a Maul—. No sé qué tipo de poderes tienes, hijo, pero mientras estés en mi propiedad, no uses la Fuerza. Si no puedes manejar eso, serás expulsado. ¿He sido claro?

Maul se inclinó.

—Sí, Maestro Trezza.

—Eres muy servicial, —dijo Sidious con un asentimiento educado.

—Daremos un cuidado excelente a Maul.

Sidious puso una mueca.

—No me gustaría que le mostrara ningún favoritismo.

—Por supuesto que no, —dijo Trezza—. Sólo quiero decir que él recibirá la mejor educación en las artes del combate. —Trezza redirigió su mirada a Maul—. ¿Te gustaría echar un vistazo a la escuela?

—Sí, Maestro Trezza.

Sidious sonrió mientras golpeaba el hombro de Maul.

—Creo que me uniré a ti. —Mientras salían de la oficina de Trezza, Sidious movía su bastón hacia atrás y hacia delante, tocando el suelo enfrente de él.

La Academia de Orsis era un complejo en crecimiento. Rodeado de una alta pared con sensores de seguridad y emplazamientos de armas automáticas en su parte superior, la escuela consistía en nueve edificios interconectados, tres grandes pistas abiertas, y un

campo abierto junto a la plataforma de aterrizaje de una nave. El crucero de Sidious descansaba en la plataforma junto a una nave de entregas que acababa de llegar de la apropiadamente llamada Estación Orbital de Orsis, la gran estación espacial que viajaba en una órbita geosincrónica con el planeta. A la amplia luz del día, la estación era visible como un punto de luz en una posición fija en el cielo.

Mientras Trezza guiaba a Maul y a Sidious por una amplia pasarela que separaba dos edificios, Maul vio una escalera que llevaba abajo hasta una playa junto a la costa. Sintió una punzada de excitación mientras asimilaba las vistas. Aún estaba pasando un mal rato pensando que su Maestro le había llevado a Orsis, que sus años de aislamiento en Mustafar pudieran realmente estar atrás.

Maul miró a su Maestro. Sidious le había explicado que las gafas sensoras eran un disfraz necesario porque no quería ser reconocido en Orsis. Maul se preguntaba, *¿Por qué alguien reconocería al Maestro Sidious?*

Trezza llevó a Maul y a Sidious por la pasarela, que sobrevolaba una de las pistas abiertas. Trezza dijo:

—Damos tanta importancia a las habilidades de ordenador como lo hacemos en la producción de venenos y las técnicas de asesinato. Y Orsis ofrece muchas oportunidades para programas de entrenamiento más allá de las paredes de la Academia. Como cadetes maduros y en progreso, aprenden a luchar y sobrevivir en las montañas, bosques, desiertos, y mares. Tenemos terrenos de caza y…

Un fuerte ruido metálico sonó de la pista de abajo. Sidious se detuvo con Maul y dijo:

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Algunos de nuestros cadetes más jóvenes están ejercitando con bastones de combate, —explicó Trezza—. Si se acerca más a la barandilla, puede verles… —Recordando las gafas sensoras de su invitado, añadió—. Oh, por favor perdóneme.

—Está bien. —Dijo Sidious, su boca retorciéndose en una sonrisa mientras extendía el brazo para ajustar sus gafas—. Normalmente puedo ver formas lo suficientemente bien, sólo que no con mucho detalle.

Trezza se movió para que Maul guiara a Sidious más cerca de la barandilla. Maul miró abajo y vio a varias docenas de cadetes, la mayoría adolescentes humanoides, balanceando bastones de combate de madera los unos hacia los otros. Gracias a sus estudios en Mustafar, podía identificar cada una de las especies de los cadetes. Un par de chicos rodianos de ojos de insecto parecían ser los más escandalosos con sus armas. Ambos rodianos estaban probando sus bastones contra una chica nautolana, una anfibia con tirabuzones como tentáculos que se extendían desde su cabeza. La nautolana se movía rápidamente y parecía ser muy capaz de defenderse a sí misma.

—Ahora mismo, —dijo Trezza—, tenemos sólo cerca de quinientos cadetes. Como sabe, ofrecemos programas para las edades desde los ocho años para arriba. La mayoría se han alistado para programas de cuatro u ocho años. También tenemos un buen número de «temporales,» estudiantes temporales que vienen aquí para refinar sus habilidades. Los graduados también vuelven de vez en cuando por el mismo motivo.

Sidious dijo:

—¿Cazarrecompensas?

—Ocasionalmente. ¿Objeta?

—No del todo. Al contrario, me he encontrado con un par de cazarrecompensas muy dotados en mis tiempos. —Sidious se acarició el mentón pensativo—. He oído que sus instructores incluyen a un Mandaloriano que una vez luchó contra los Jedi. Creo que su nombre era Krakko. Meltch Krakko. ¿Es cierto que es el mejor?

Trezza miró confuso a las gafas de Sidious, entonces volvió a mirar a los cadetes de abajo.

—Está *entre* los mejores, pero lamento informarle de que su información está desfasada. El comandante Krakko nos abandonó hace tiempo, volvió a su clan. Como debe estar al tanto, los Mandalorianos se enfrentan a una guerra civil.

—Oh, ahora eso *es* desafortunado, —dijo Sidious mientras golpeaba el hombro de Maul—. De verdad había esperado que el chico recibiera entrenamiento de un Mandaloriano. Ya ve. Maul ha estado en un par de peleas, pero… bueno, puede ser un poco salvaje. Carece de la fineza. Necesita aprender cómo hacer que cada movimiento cuente. ¿Supongo que no tendrá otro Mandaloriano?

Maul estaba sorprendido y avergonzado por la descripción de él que había hecho su Maestro, pero mantuvo su expresión neutral. Casi se perdió la irritación en la voz de Trezza mientras el falleen respondía:

—El comandante Krakko era nuestro *único* instructor Mandaloriano. Pero confío en que aún podamos enseñar al joven Maul algunas cosas que no pueda aprender en ninguna otra parte. —Trezza miró a Maul—. Ya he accedido a renunciar al examen físico estándar para ti, Maul. Pero ahora que estoy al tanto de que has estado en un par de peleas, apreciaría una demostración de tus habilidades.

Maul miró a Sidious. Sidious ajustó sus gafas y dijo:

—¿Una demostración? Supongo que eso suena a una forma práctica para que evalúe a Maul.

Trezza llevó a Maul y a Sidious a un ascensor y descendieron a la pista. Mientras Maul salía fuera al mismo nivel que los cadetes, de repente se dio cuenta de que eran todos más altos que él. Todos ellos.

Al ver a Trezza, los cadetes detuvieron sus ejercicios, bajaron sus bastones de combate, y se inclinaron ante él. Trezza señaló a Maul y dijo:

—Tenemos un nuevo cadete. Su nombre es Maul. Me han dicho que puede luchar.

Uno de los rodianos se rió en voz alta. Trezza le disparó con una mirada helada. El rodiano cerró el morro.

Trezza se aclaró la garganta.

—Estoy buscando un voluntario. ¿Alguien de vosotros luchará con el nuevo cadete?

Maul no esperaba que cada cadete alzara el brazo, tentáculo, o la extremidad equivalente al aire y gritara al unísono con los otros.

—¡Yo me ofrezco voluntario, Maestro Trezza!

Trezza miró a Maul.

—Recuerda lo que he dicho sobre las normas en mi propiedad, hijo.

—Sí, Maestro Trezza. —Maul miró a Sidious.

Sidious se ajustó sus gafas, se inclinó cerca a Maul, y susurró.

—Selecciona al estudiante más grande y musculado. Preséntate. Hiérele. No mates.

Mientras la mirada de Maul viajaba por los cadetes, se quitó su camisa negra, exponiendo su esbelto torso, tatuado. Estaba al tanto de los muchos ojos mirando a los patrones resaltados en rojo y negro en su carne desnuda. Puso su camiseta limpiamente en el suelo. Caminando lejos de Sidious y Trezza, escuchó a un cadete susurrar.

—Mira sus costillas.

Maul pasó junto a los malolientes rodianos y llegó a detenerse ante un abyssin, un gigantesco nativo del planeta Byss. Distinguido por una amplia cabeza que contenía un único ojo con una pupila dividida sobre una amplia nariz, carnosa y una boca llena de dientes afilados, el abyssin se erguía casi dos metros de alto. Maul alineó hacia atrás su cabeza, alzó la mirada a los ojos del abyssin, y dijo:

—Soy Maul. Te toca.

La nariz del abyssin se retorció, y entonces parpadeó con su ojo incrédulo. Cuando se había ofrecido voluntario para luchar contra el chico menos de un minuto antes, nunca había imaginado que el chico realmente le escogiera. Su ojo parpadeó para mirar a Trezza. Trezza le asintió.

El abyssin movió sus pies. Maul mantuvo la posición. Todos los otros cadetes dieron un paso atrás, dejando espacio para los combatientes.

El abyssin se lanzó en una patada de barrido que golpeó a Maul de sus pies, y entonces cortó con un brazo fuertemente musculado que conectó con Maul en medio del aire. Maul voló por la pista y chocó contra el suelo. Ambos rodianos rugieron de risa. Trezza no les reprendió.

El abyssin saltó hacia delante, aterrizando sobre sus poderosas piernas a una corta distancia de su oponente, y esperó a que Maul se levantara. Maul agitó su cabeza como si se estuviera asegurando de que nada estaba suelto mientras lentamente se empujaba sobre el suelo. Una vez que estuvo en pie, se giró para enfrentar al abyssin de nuevo. Maul lanzó un golpe en el muslo derecho del abyssin, justo por encima de su rodilla.

Si el abyssin sintió el golpe, no lo demostró. Pivotó sobre un pie y pateó con el otro, pillando a Maul por el estómago. El sonido del impacto hizo doblarse a un par de cadetes. Maul estaba de nuevo sobre sus pies. Golpeando el suelo, su cuerpo rodó como una muñeca rota pasando por varios cadetes hasta que llegó a detenerse cerca de los pies de la nautolana. La nautolana bajó la mirada a la espalda pequeña, tatuada de Maul, entonces se giró para encarar a Trezza y dijo:

—Con el debido respeto. Maestro Trezza, esta *no* es una pelea justa.

—¿Qué es eso? —Dijo Sidious mientras toqueteaba su bastón contra el suelo—. ¿Ha hecho Maul algo injusto?

—No del todo, —dijo Trezza—. Simplemente escogió ir contra un cadete mayor.

—Tiene espíritu, —dijo Sidious. Entonces murmuró—: Malditas sean estas viejas gafas. No puedo ver nada.

Maul puso una mano contra el suelo. Su brazo temblaba mientras empujaba de él hacia arriba. El abyssin caminó cerca de Maul, moviéndose tras él. Maul empezó a girarse para encarar al abyssin, pero entonces sus piernas temblaron y colapsó. Maul cerró sus ojos, luego los abrió. Miró a una nube por encima, entonces cambió su mirada para ver al abyssin. Maul jadeó:

—¿Cuál… es tu nombre?

El abyssin parpadeó hacia el chico un par de segundos pero finalmente respondió:

—Dalok.

Maul giró su cuello del abyssin y sus cuernos se hundieron en el suelo. Su pecho tembló y entonces sus extremidades se volvieron flácidas. Giró su cabeza de nuevo, y sus ojos rodaron hacia arriba en sus cuencas antes de que volvieran a mirar en la dirección general del abyssin.

—Tu nombre, —repitió Maul—. Por favor… dime… ¿cuál es tu nombre?

Los otros cadetes se movieron silenciosamente alrededor del abyssin para tener una mejor vista del chico derrotado. Al ver que Maul estaba profundamente derrotado, el abyssin se arrodilló junto a él, se inclinó sobre su cara, y dijo:

—Acabo de decírtelo. Mi nombre es Dalok. ¿Estás bi…?

Maul agarró la parte trasera de la cabeza de Dalok, tiró de la cara de Dalok contra la suya, y hundió sus dientes en la nariz carnosa de Dalok. El abyssin sorprendido gritó. Con sus dientes y un brazo, Maul sostuvo la cabeza de Dalok mientras movía su otra mano para agarrar la garganta de Dalok.

Los cadetes que les rodeaban retrocedieron. Dalok trató de rodar lejos de Maul, pero Maul se quedó sobre él, golpeando y llevando sus rodillas hacia los trapos sobre los hombros del abyssin. Dalok estaba tumbado sobre su espalda mientras convulsionaba, sus brazos moviéndose inútilmente junto a él. Dalok perdió el conocimiento.

Maul se alzó para pararse junto al cuerpo inconsciente de Dalok. Girándose lentamente, miró a todo el mundo de los cadetes que le rodeaban, dejándoles ver la sangre del abyssin cayendo y percatándose de que no estaba ni siquiera respirando con fuerza. Pensaba que olió miedo de la nautolana que había tratado de anular el combate. No sabía cuántos años tenía, pero se percató de que era ligeramente más alta que él. Cuando su mirada de ojos amarillos cayó sobre los rodianos que se habían reído de él, escupió en el suelo.

Un sorprendido Trezza miró al hombre con gafas junto a él.

—Dijo que Maul había estado en un par de peleas. ¿Cuántas son «un par»?

—No estoy seguro, realmente, —dijo Sidious encogiéndose de hombros—. Obviamente, yo realmente nunca *vi* ninguna de sus peleas. Dígame, ¿ganó esta?

—Casi derrota a su oponente a muerte.

—¿Lo hizo, ahora? —Sidious se rió entre dientes mientras le daba un codazo a Trezza—. Le *dije* que era un poco salvaje.

La nautolana se movió junto a Maul, y una de sus trenzas de la cabeza rozó su brazo. Ella se arrodilló junto a Dalok y comprobó su pulso. Mirando a otro cadete, que estaba boqueando cerca, dijo:

—Su nariz sanará pero necesita un pack médico. —Mientras el cadete iba a por el pack médico, la nautolana se giró para encarar a Maul. Maul podía ver su propio reflejo en los grandes ojos negros de la nautolana. Aunque no podía del todo comprender por qué, no quería que le tuviera miedo.

Manteniendo sus ojos apuntados hacia Maul, la nautolano dijo:

—*Sabías* que Dalok es un abyssin, ¿no? ¿Qué los abyssin tienen habilidades regenerativas?

De hecho, Maul ya estaba al tanto de esto, pero ese particular trozo de conocimiento no se le había cruzado por la mente cuando desafió al abyssin. Simplemente había seleccionado al estudiante más grande y más musculoso, al igual que Sidious le había ordenado. Maul apartó la mirada de la nautolana y dejó que su mirada volviera de atrás hacia delante a los morros de los rodianos.

—No, —mintió él—. No lo sabía.

Los rodianos temblaron. Maul sabía que iba a disfrutar de su tiempo en la Academia de Orsis.

CAPÍTULO OCHO

—Quiero ir a nadar, —dijo la nautolana, cuyo nombre era Kilindi Matako.

Maul no sabía por qué Kilindi le estaba hablando. Había estado en la Academia de Orsis durante casi tres años, y los otros cadetes siempre mantenían su distancia de él durante sus horas de recreo. Continuaba arrastrando su vibroespada por el borde de la larga rama que estaba tallando en una lanza. Pero cuando Kilindi no se alejó, se dio cuenta de que estaría esperando una respuesta, así que dijo:

—Entonces deberías ir a nadar.

Estaban en el patio abierto más cercano al mar de la Academia de Orsis, cerca de una entrada a un camino que llevaba a una playa rocosa. Al otro lado del patio, un grupo de cadetes se estaba preparando para la competición de artes marciales que se acercaba contra una escuela militar rival.

—Pensé que podrías querer venir conmigo, —dijo Kilindi.

Sorprendido, Maul dio una mirada de reojo hacia ella y dijo:

—¿Por qué?

—No lo sé. Simplemente pensé que podrías. Pensé que quizás te gustaría nadar.

La mandíbula de Maul se tensó mientras sus recuerdos volvían a Mygeeto, un planeta de hielo y nieve en los Territorios del Borde Exterior. Durante un descanso de la Academia, el Maestro Sidious le había llevado a Mygeeto para ejercitar y probar sus poderes de la Fuerza. Habían estado caminando junto a un lago que estaba cubierto por una lámina de hielo oscuro. Incluso aunque Maul llevaba ropas pesadas, aislantes, los vientos frígidos cortaban como láseres contra su piel. Él acababa de completar una serie de ejercicios que le habían tenido corriendo por colinas inclinadas, heladas y entonces bajando tan rápido como podía. Sabía que lo había hecho bien, y esperaba que su Maestro lo elogiara.

En su lugar, su Maestro alzó una mano y utilizó la Fuerza para elevar el pequeño cuerpo de Maul, lanzándolo en medio del lago.

Maul chocó contra el hielo y se hundió, sus pesadas ropas y botas tirando de él hacia abajo. Mientras el agua helada mordía su cara y le helaba la sangre, temía poder morir. Y entonces las palabras de su Maestro llegaron a él… *Convierte tu miedo en rabia*.

Era fácil para Maul estar enfadado, especialmente con su Maestro. El lado oscuro encendía y alimentaba su rabia. Estaba airado por el agua helada y por todo el planeta Mygeeto. Luchó camino hacia la superficie, pateando y agarrándose e irrumpiendo a través del hielo. Y tras romper por el hielo, mientras aún estaba tragando agua helada y luchando por mantener su cara sobre la superficie, vio a su Maestro en la colina.

Su Maestro no hizo ningún movimiento por ayudarle.

La ira de Maul era increíble. Su furia impulsó sus brazos y piernas, le hizo empujar por el agua, patear sus pies con botas, y nadar en disparos. El lado oscuro había puesto un fuego interior para mantenerle con vida, pero rápidamente se dio cuenta de que el mismo fuego hacía poco por mantenerle caliente. Estaba temblando ferozmente mientras llegaba ante su Maestro.

E incluso entonces, su Maestro no le elogió, sino que meramente continuó su paseo junto al lago, con Maul tropezando a su lado, odiando el frío, odiando el agua.

—Bueno, —dijo Kilindi—, supongo que te veré más tarde. —Ella se giró de Maul y empezó a caminar hacia la puerta del patio.

—Espera, —dijo Maul. Él apagó su vibroespada y la bajó junto a la pica en la que había estado trabajando. Él dijo—: Me gusta nadar.

Maul se maravilló ante la forma en que Kilindi se movía por el mar, sus largas trenzas de la cabeza ondeando tras ella. Él pensó que era incluso más grácil en el agua de lo que lo era en tierra. No es que se lo dijera nunca.

Estaba en el mar, no muy lejos de la costa, justo hasta su cintura, sus brazos desnudos se sostenían rígidamente a sus lados. Kilindi estaba nadando a casi treinta metros tras él, sus fuertes piernas cortando por el agua sin ningún esfuerzo obvio. La observó sumergirse y estuvo sorprendido cuando sólo un par de segundos más tarde ella rompió la superficie a menos de un metro de distancia de él.

Mirando a Maul con sus grandes ojos, oscuros, Kilindi dijo:

—¿Algo va mal?

—No, —dijo Maul.

—Pero dijiste que te gustaba nadar, y simplemente estás ahí de pie.

Maul hizo una mueca.

—Ha pasado un tiempo. Desde que estuve en el agua.

—Oh. —Kilindi miró a la costa—. ¿Quieres volver?

—No. —Maul movió sus manos hacia atrás y hacia delante en el agua—. Me… me gusta estar aquí.

Kilindi bajó su cuerpo lo justo para que su cabeza y hombros estuvieran sobre el agua.

—Me gusta estar aquí también. No había ningún mar como este donde crecí.

—No lo entiendo, —dijo Maul—. Eres una nautolana. Tu mundo natal es Glee Anselm. Un planeta océano.

—Pero no crecí allí, —dijo planamente Kilindi—. ¿Lo sabías, no?

Maul agitó su cabeza. Porque él no había crecido en Iridonia o Dathomir, se sentía estúpido por haber supuesto que Kilindi venía del mundo natal de su gente.

—Pensé que era de saber común. —Dijo Kilindi—. Había oído a otros cadetes hablando de ello, así que estabas forzado a averiguarlo. Antes de que llegara a la Academia, estuve en Orvax Cuatro. Era una esclava.

Aunque la esclavitud estaba fuera de la ley en los mundos de la República. Maul sabía que existía por toda la galaxia. Su mente estaba de repente llena de muchas

preguntas sobre el pasado de Kilindi, pero no dijo nada, porque no tenía motivo. No necesitaba que su Maestro le dijera que la vida de esta chica no debía serle de ningún interés. Y aún así estaba interesado.

—Pero todo eso ha quedado atrás para mí, —continuó Kilindi mientras inclinaba su cabeza hacia atrás y hacia delante al cielo—. Mis dueños están muertos.

Sin pensarlo, Maul soltó:

—¿Los mataste?

Kilindi bajó su cabeza de forma que encaró a Maul de nuevo.

—Sí. Eran una gran familia. Los maté a todos.

Maul pensó, *Bien*.

—Matarles fue fácil, pero dejar Orvax fue duro. Montones de esclavistas me estaban dando caza. Pero el Maestro Trezza escuchó sobre las matanzas y… bueno, me encontró antes de que nadie más lo hiciera. Él es el motivo por el que estoy en la Academia. Soy su guarda. ¿*Lo* sabías, no?

—Sabía que eras la guarda del Maestro Trezza. —Dijo Maul—. Eso es todo.

—Así que ahora sabes sobre mí. ¿Qué hay de ti? ¿De dónde eres?

Maul bajó la mirada y observó al agua ondularse sobre las puntas de sus dedos.

—No puedo decirlo.

Kilindi alzó su cabeza con curiosidad.

—¿Por qué no puedes decirlo, o porque no quieres?

—Ambos, —dijo Maul, entonces agitó su cabeza—. No podemos hablar sobre… mí.

Kilindi se encogió de hombros, el movimiento haciendo que sus trenzas de la cabeza se agitaran.

—No importa. No haré nunca preguntas personales de nuevo. Pero tengo algún consejo para ti.

Sintiéndose de repente irritado. Maul dijo:

—¿Por qué debería querer *tu* consejo?

—Porque sé por qué estás haciendo tu propia lanza de madera.

Eso captó la atención de Maul.

—Te escucho.

—El Maestro Trezza te invitó a ir a cazar kaabores salvajes con él y te dijo que es una tradición en la Academia de Orsis que los cadetes hicieran sus propias lanzas de madera para su primera caza de kaabore. Pero es en realidad una prueba para ver si estás preparado para lo inesperado. Supongo que te llevará directamente a una manada de chargrecks armados. Eso es lo que me hizo en mi primera caza. ¿Ves estas cicatrices? —Alzándose para que la parte superior de su cuerpo estuviera sobre la superficie del agua. Kilindi se giró para mostrarle a Maul las tres marcas escarpadas sobre la parte trasera de su hombro izquierdo—. Un chargreck hizo esto. Tu lanza de madera será inútil.

Maul miró a Kilindi con sospecha.

—¿Se enfadaría el Maestro Trezza contigo por decirme esto?

Kilindi asintió.

—Mucho.

—¿Entonces por qué? ¿Por qué decírmelo?

Kilindi sonrió.

—Porque espero que me hables de la mirada en la cara de Trezza cuando pases su prueba. —Y entonces Kilindi mandó su cuerpo hacia atrás, deslizándose en el agua y lanzándose lejos de Maul. Ella se preocupó de no salpicarle mientras se marchaba.

Maul bajó su cuerpo en el agua hasta su cuello, entonces contuvo el aliento y mantuvo sus ojos abiertos mientras caía bajo la superficie. Podía ver claramente a Kilindi, iluminada por los rayos de la luz del sol mientras ondulaba pasando a un banco de peces. Él aún odiaba las aguas de Mygeeto, pero decidió que el mar de Orsis no era del todo incómodo.

Pensó en lo que Kilindi le había dicho. Había estado esperando su expedición de caza con Trezza, pero ahora aún más.

Cuatro días más tarde, Maul estaba con Trezza en un campo al norte de la Academia de Orsis cuando Trezza apuntó al suelo y susurró:

—Mira ahí. Rastros de kaabore, y son recientes. Supongo que hay uno justo más allá de aquellos árboles.

Maul alzó su larga lanza en sus manos mientras miró a los árboles. Manteniendo su voz baja, él dijo:

—¿Debo tratar de tirarle, Maestro Trezza?

Trezza sonrió.

—Tú mismo.

Sosteniendo su lanza con una mano, Maul se movió por los árboles, bajando una corta colina y rodeando algo de vegetación alta de arbustos antes de ver a los cinco chargrecks armados que estaban ahí esperándole, justo como Kilindi había anticipado. Cada cuerpo de chargreck estaba protegido por placas segmentadas increíblemente fuertes delineadas con púas afiladas.

Maul extendió el brazo hacia el cinturón con su mano libre y agarró un pequeño paquete. Todos los chargrecks sisearon y se lanzaron hacia él al mismo tiempo. Les lanzó el paquete mientras daba una voltereta hacia atrás. Aún estaba arqueándose en el aire mientras el paquete explotaba al abrirse con un pop silencioso y desplegaba una amplia red de electroshock. Los chargrecks golpearon la red y fueron aturdidos instantáneamente. Golpearon el suelo medio segundo antes de que Maul aterrizara sobre sus tobillos.

Maul miró tras él. No había señal de Trezza. Hizo su lanza a un lado y se movió rápido. Desactivó la red, que había sido tomada de la sala de munición de la Academia, entonces la metió en una bola estrecha y la metió entre las ramas de una vegetación de arbustos. Reunió su lanza, entonces caminó de vuelta a la colina y pasando los árboles antes de encontrar a Trezza. Trezza dijo:

—¿Has encontrado algo?

—Ningún kaabore, Maestro Trezza, —dijo casualmente Maul—. Sólo un par de chargrecks.

La mirada reptiliana de Trezza se hundió en los ojos de Maul.

—¿Chargrecks? ¿Aquí fuera? ¿Estás seguro?

—Eso creo, Maestro Trezza. Es decir, *parecían* chargrecks.

—¿Qué ocurrió? ¿Salieron corriendo?

—Oh, no, Maestro Trezza. —Maul cambió su lanza de una mano a la otra—. Los maté. Simplemente no me lo pensé porque estaba buscando un kaabore.

Trezza miró la lanza de Maul y entonces de vuelta a la cara del chico para ver si estaba mintiendo. Trezza dijo:

—¿Los mataste? ¿Con esa lanza?

—No, Maestro Trezza. Los mate con mis manos.

La nariz de Trezza se retorció, y parecía muy confuso mientras decía:

—No has utilizado la Fuerza. Lo habría olido.

—Sé que lo habría hecho, Maestro Trezza.

Maul difícilmente podía esperar para contarle a Kilindi sobre cómo había utilizado la red electroshock, y también sobre la reacción de Trezza. Pero no le diría lo que Trezza había dicho de la Fuerza. Siempre mantenía en su mente la advertencia de su Maestro, que nadie aparte de Trezza podía saber sobre sus poderes, porque si alguien lo averiguaba…

Las consecuencias serían las más extremas

CAPÍTULO NUEVE

Agachada tras el gran tronco de un árbol antiguo, Kilindi Matako se quedó a la sombra del árbol mientras miraba el escarpado risco, rocoso al borde del bosque. Miró a Maul, que estaba agachado junto a ella, y susurró:

—¿Preparado?

Maul asintió. Seis años habían pasado desde su llegada a Orsis. Más alto y más fuerte, aún no sabía su propia edad, pero basándose en sus observaciones de humanoides similares, suponía que tenía cerca de trece años. Aunque ya era considerado un maestro de numerosas artes marciales, aún tenía dificultades trabajando como parte de un equipo.

Excepto cuando se le emparejaba con Kilindi.

Kilindi se movió primero, hundiéndose desde el árbol de forma que rodó por encima de las hojas muertas y llegó a detenerse tras otro tronco. Una explosión repentina de fuego de bláster se hundió al suelo entre los dos árboles. Una segunda explosión penetró en el lado opuesto al del árbol tras el que se había movido Kilindi. La trayectoria de los rayos bláster indicaba que los disparos venían de la parte superior del risco, cerca de seis metros por encima de la posición de Kilindi. Ella volvió la mirada hacia donde había dejado a Maul, pero ya se había desvanecido. Ella esperó.

Apenas diez segundos más tarde, Kilindi escuchó un grito de horror sobre el risco. Un bláster disparó y los gritos se detuvieron, una tercera voz gritó.

—Misión cumplida. Todo despejado. —La tercera voz era la de Maul.

Kilindi se movió alrededor del árbol y caminó a campo abierto, dirigiéndose a la base del risco. Le llevó casi todo un minuto escalar la pared de roca. Mientras trepaba, vio tres remotos esféricos flotando fuera del bosque y alzándose en el aire. Sabía que los remotos pertenecían al Maestro Trezza, y que los utilizaba para rastrear a los cadetes durante los ejercicios.

Cuando Kilindi alcanzó la cima del risco, encontró a Maul en pie a una corta distancia de dos compañeros cadetes, los rodianos Hubnutz y Fretch. Los rodianos estaban aferrándose sus respectivos brazos derechos, sentados en el suelo junto a los trozos destrozados de sus blásters.

—Muchísimas gracias, Maul. —Resopló Hubnutz sarcástico—. Qué bien de tu parte que sólo nos hayas fracturado nuestros brazos esta vez.

El motor de un elevador repulsor sonó desde arriba, y Kilindi y los rodianos alzaron la mirada para ver la lanzadera del Maestro Trezza aproximarse desde la Academia de Orsis. Los tres remotos subieron a la lanzadera y se metieron en una rendija de un conjunto sensor del navío.

—Oh, ¿no es terrible? —Dijo Fretch—. Ahora tenemos que escuchar a Trezza darnos la charla de cómo lo hemos estropeado.

—Sí, Maul, eres un príncipe real. —Dijo Hubnutz mientras la lanzadera aterrizaba.

Maul ignoró a los rodianos y la lanzadera mientras se erguía en el borde del risco mirando por encima y a lo lejos por la vegetación del bosque, mirando en dirección a la cordillera de montañas distante que estaba interrumpida por el Cañón Blackguard, donde Sidious había adquirido una antigua fortaleza para que se utilizara como su retiro privado durante las visitas a Orsis. Con el permiso de Trezza, a Maul se le permitía viajar por moto speeder a la fortaleza, donde su Maestro continuaba entrenándole en los caminos de la Fuerza y también en el combate con sable láser.

Mi Maestro está ahí ahora. Esperándome.

CAPÍTULO DIEZ

Corriendo rápidamente junto a la colina de la montaña volcánica de Orsis, Maul rechinó sus dientes mientras otro rayo bláster de baja energía perforaba la fina tela de su traje utilitario y le golpeaba en la espalda. Ignoró el dolor y siguió corriendo.

Sus perseguidores eran Meltch Krakko y los dos cadetes rodianos, Hubnutz y Fretch, y la meta de su ejercicio era capturar a Maul. Krakko y los rodianos estaban llevando trajes miméticos, capas de energía que les permitían un camuflaje casi perfecto en cualquier ambiente. Desde el regreso de Krakko a la Academia de Orsis hacía dos años, no sólo había tomado un interés especial en entrenar a los rodianos en rastrear y apuntar, pero también en atormentar al zabrak de quince años.

Para Maul, el ejercicio actual era meramente un calentamiento para un desafío mayor en Orsis, un rito de paso de la Academia llamado el Gora. Nombrado por la localización del desafío, un inmenso cráter volcánico lleno de densos bosques, vastos pantanos, y bestias sedientas de sangre, el Gora requería que un cadete viajara por el cráter durante siete días, sobreviviendo sin comida ni equipo salvo por una única vibroespada. Por lo que Maul había escuchado, ser cazado por cazadores camuflados no era nada comparado con sobrevivir al Gora.

Maul se aproximó al borde del valle de la montaña, donde el agua glacial y el viento habían excavado un laberinto altas formaciones, rocosas. Corrió hacia el laberinto, sin detenerse nunca para recuperar el aliento. Más rayos de bláster sonaron junto a su cuerpo. Si los blásters de sus perseguidores hubieran estado puestos en matar, habría estado ya muerto, un hecho que le enfurecía. Pero debido a que Sidious y Trezza le habían prohibido revelar sus poderes de la Fuerza a la facultad de Orsis y sus cadetes, estaba obligado a dejar que sus perseguidores le dispararan ocasionalmente. Si esquivaba *cada* rayo de bláster, ellos habrían tenido una amplia razón para sospechar que era un usuario de la Fuerza.

Sin mirar atrás, sacó su propio bláster, que también estaba puesto en energía no letal, y devolvió el fuego. Sintió su ira aumentar mientras deliberadamente fallaba a sus atacantes. Pese a que sus trajes miméticos dejaban a Krakko y a los rodianos prácticamente invisibles, Maul no tenía dificultad al percibir sus posiciones exactas tras él. Podía haber disparado a cada uno de ellos con sus ojos cerrados, pero eso habría ido contra la regla que Sidious y Trezza habían establecido. Y así pretendió fallar a Krakko y a los rodianos, haciéndoles creer que era un zabrak corriente y a veces se permitió ser golpeado.

Un rayo de bláster golpeó su pantorrilla y otro en su hombro derecho. El dolor no frenó a Maul pero pretendió tambalearse de todos modos, todo en su esfuerzo por ocultar sus poderes. Pero mientras corría hacia delante, vio que se dirigía de lleno a una sima

profunda. Aunque confiaba en que su increíble fuerza y agilidad le permitirían saltar al otro lado de la sima sabía que sería un error hacer tal salto con Krakko y los rodianos observando. Sin embargo, también estaba determinado a evadir a sus perseguidores, a mostrarles que se atrevía a lo que ellos pudieran imaginar.

Me ganaré su respeto.

CAPÍTULO ONCE

Percibiendo que estaba siendo observado por formas de vida ocultas, Maul escaneó las esquinas sombrías de la bodega de carga de paredes altas. Sin ningún aviso de Talzin, las tres Hermanas de la Noche desenvainaron sus espadas y activaron sus arcos de energía. Talzin se alejó de su grupo, moviéndose hacia el centro de la bodega de carga como si no estuviera preocupada en lo más mínimo.

—Quédate justo donde estás y baja tus armas, —ladró una voz ronca desde los altavoces de la bodega de carga. Y entonces las formas de vida emergieron de las sombras. Weequays de piel coriácea estaban entre siniteens de cabezas largas, todos armados con rifles bláster que estaban apuntando a Maul y a las Hermanas de la Noche.

Una alta figura vestida de cabeza a pies en una armadura de batalla estridente se movió al centro de los degolladores. Era un vollick, un nativo de Rattatak, un mundo del Borde Exterior famoso por sus combates a muerte gladiatoriales. Un bláster señaladamente grande estaba anclado a su cadera. Cada uno de sus brazos parecía como si pesara más que el cuerpo de Maul.

—No volverás a Dathomir, Madre Talzin, —dijo el vollick—. Vosotros cinco vais a ser mis invitados en Rattatak, donde finalmente os convertiréis en miembros de mi ejército de élite. —Él desenfundó su enorme bláster de su cartuchera y disparó al alto techo de la bodega—. Nuestras armas están fijas en aturdir, pero dispararemos a matar si decidís negaros a mi invitación.

Maul se preguntaba cómo el señor de la guerra vollick y sus soldados habían sabido que Talzin llegaría a la estación espacial, y entonces se preguntó si vollick podría ser un cómplice de Talzin. Talzin no dijo nada. Ella alzó sus manos como para rendirse, entonces extendió sus dedos.

Maul se sorprendió al ver a docenas de guerreras Hermanas de la Noche materializándose desde las paredes laterales y los niveles superiores de la plataforma de amarre. Sin embargo, al instante percibió que eran insustanciales, que las recién llegadas no eran más que una poderosa ilusión de la Fuerza creada por Talzin. El señor de la guerra y sus soldados cayeron en ella. Rápidamente reconfiguraron sus interruptores selectores de sus blásters de aturdir a máxima potencia, inclinaron sus armas lejos de Talzin, y abrieron fuego a las apariciones. Los rayos de bláster genuinos y las flechas ilusorias empezaron a entrecruzarse en la bodega.

Las Hermanas de la Noche reales sacaron sus arcos de energía y empezaron a lanzar flechas muy reales a los weequays y siniteens. Hicieron caer a varios soldados antes de que la ilusión conjurada de Talzin se evaporara inesperadamente. Maul miró a Talzin, vio sus expresiones frustradas, y se preguntó si tenía completo control de sus poderes.

—¡Cesad el fuego! —gritó el vollick sorprendido—. Cesad el fuego. —Pero sus hombres le ignoraron y giraron sus armas hacia las genuinas Hermanas de la Noche que quedaban en la bodega. Mientras Maul se agachaba para cubrirse, vio a un weequay disparar a una de las Hermanas de la Noche al mismo momento que un siniteen disparaba un tiro que perforó el muslo de Talzin. La Hermana de la Noche dejó caer su arco de energía mientras colapsaba. Talzin se tambaleó y cayó sobre la plataforma a varios metros de Maul.

Maul consideró correr de vuelta a la nave de transporte, pero dudaba que tuviera suficiente energía como para escapar del rayo tractor de la plataforma. Y viendo a Talzin tirada en la plataforma, también empezó a preguntarse si Sidious la quería muerta. Pensó, *Si esto es una prueba, va en serio*.

Corrió hacia la Hermana de la Noche caída, saltando y tropezando por la plataforma hasta que alcanzó su arco de energía. No tenía que mirarla para saber que estaba muerta. Cogiendo su arma, corrió de vuelta a la nave de transporte, se cubrió tras una de las riostras de aterrizaje, y empezó a disparar a los hombres del señor de la guerra. Talzin estaba aún yaciendo en la plataforma. Las dos Hermanas de la Noche restantes se habían movido junto a ella y estaban desatando una barrera de flechas a sus oponentes.

Maul escaneó la bodega de carga. Recordando el plano de la estación espacial de sus previas visitas, visualizó la ruta más corta a una plataforma vecina donde esperaba encontrar otra nave de transporte. Estaba aún trabajando en ese burdo plan para volver a Orsis antes de que nadie descubriera que no estaba. Aunque habría cumplido esta meta más fácilmente si hubiera utilizado la Fuerza, no quería decepcionar a su Maestro de nuevo. Estaba a punto de romper hacia la escotilla más cercana cuando escuchó a Talzin gritar:

—¡No nos dejes, Maul!

Talzin estaba en pie, apoyada en una de las Hermanas de la Noche mientras la otra estaba cubriéndolas. Los rayos de bláster silbaban tras ellas. Talzin gritó:

—¡Maul!

Maul no sabía qué hacer. ¿Habría esperado Sidious que él mostrara simpatía? ¿Era siquiera Talzin una de los agentes de Sidious? En cualquier caso, ¿cómo serviría mejor al lado oscuro de la Fuerza? ¿Ayudando a las Hermanas de la Noche, o dejándolas morir?

Maul maldijo a través de sus dientes apretados. Apoyó el arco de energía sobre su hombro derecho, entonces corrió a través de un montón de rayos de bláster para alcanzar a Talzin. La levantó de la plataforma, la cargó por su hombro izquierdo y corrió hacia la entrada de un pasillo cilíndrico que llevaba a la seguridad de una plataforma adyacente. Las dos Hermanas de la Noche le siguieron, disparando flechas al señor de la guerra y a sus soldados tras ellas mientras se movían tras Maul.

Maul estaba a cincuenta metros de la entrada de la conexión cuando una oleada de rayos de bláster le cortó. Llevó a Talzin tras un gran contenedor de carga por cobertura, entonces la alzó sobre la plataforma tras el contenedor. Las otras dos Hermanas de la

Noche llegaron, posicionaron sus cuerpos para proteger a Talzin, y devolvieron el fuego. Maul miró a Talzin.

—Nuestra magia no funciona en este lugar estéril, —dijo Talzin amargamente mientras los rayos de bláster rebotaban en el contenedor—. Es por lo que no pude mantener la ilusión.

—La ilusión que casi hace que nos *maten* a todos, —dijo Maul.

Talzin se dobló de dolor mientras pasaba su mano sobre la profunda herida en el exterior de su muslo.

—En Dathomir, habría sido capaz de sanarme a mí misma.

—Nadie te pidió que vinieras aquí, —dijo Maul, pero entonces pensó que ella había respondido a una invitación de Sidious.

—Hemos venido por tu bien.

—Eso es mentira.

Los ojos plateados de Talzin brillaron.

—Fracasas en captar que perteneces a una gran herencia Maul. Que fueras abducido de Dathomir no altera el hecho de que eres un Hermano de la Noche, y que tu destino está ligado al nuestro.

Maul se mofó.

—Todo el mundo tiene un plan para mí.

Talzin frunció el ceño, entonces dijo:

—No lo entiendo.

Maul la ignoró mientras trataba de encontrar una salida.

Aparentemente ignorante de la lucha de fuego, los droides de mente simple estaban llevando contenedores de carga similares a diferentes áreas de la bodega. Los contenedores estaban moviéndose lentamente en la bodega con poderosos rayos tractores desde una nave de transporte que era demasiado grande para ser amarrada en la estación. Maul sabía lo suficiente sobre tecnología de naves estelares como para saber que un ordenador albergado en la sala de control del nivel superior de la bodega estaba guiando a los droides y a los rayos tractores. Alzando la mirada, encontró la ventana de la sala de control.

—Tenemos una oportunidad de lograr atravesar la conexión e ir a la vaina de pasajeros, —dijo Maul. Miró a Talzin—. Voy a necesitar una de tus espadas de energía.

—No tienes entrenamiento en el uso de ese arma, —dijo Talzin.

Maul se quitó el arco de energía de su hombro.

—Simplemente tendré que improvisar.

Talzin agarró una espada de energía de una de las Hermanas de la Noche y se la dio a Maul. Cogiendo la espada, saltó lejos del contenedor de carga, golpeó la plataforma, y entonces esprintó hacia la mampara de la sala de control.

Los soldaos giraron sus armas y dispararon a Maul. Agarrando la espada de energía con ambas manos, saltó desde la plataforma, lanzándose hacia la sala de control. Clavó la espada a través de la ventana de la sala de control, creando un agujero vertical, entonces

movió su cuerpo para patear la ventana y destrozarla. Mientras aterrizaba dentro de la sala de control, los soldados dispararon más rayos bláster tras él, y los rayos rebotaron en las paredes de la habitación. Un rayo perdido atrapó el lateral de la parte superior del brazo derecho de Maul, haciéndole sangrar.

Ignorando el dolor, Maul saltó al suelo de la sala de control hasta que alcanzó el tablón de control principal. Su educación en la Academia de Orsis incluía aprender cómo anular ordenadores, y rápidamente reprogramó el rayo tractor de la bodega de carga.

Casi al instante, los contenedores de carga que habían estado moviéndose lentamente en la bodega estaban de repente elevándose a rápida velocidad. Aunque la velocidad aumentada no tuvo efectos en la nave de transporte aparcada fuera de la estación espacial, los contenedores empezaron a apilarse dentro de la bodega más rápidamente de lo que los droides de carga y descarga podían atraparlos. La pila rápidamente se acumuló en un muro de contenedores que separó a los soldados de las Hermanas de la Noche, pero dejó a las Hermanas de la Noche con un paso despejado hacia la conexión que llevaba al centro de pasajeros de la estación espacial.

Alzándose desde el suelo de la sala de control, Maul bajó la mirada para ver a varios soldados tratando de huir hacia el otro extremo de la bodega antes de que los contenedores que llegaban les cortaran el paso. Los contenedores se movían más rápido que los soldados podían correr y fueron aplastados. Los soldados restantes se retiraron.

Maul saltó desde la sala de control y volvió con Talzin y las dos Hermanas de la Noche. Envolvió su brazo alrededor de la cintura de Talzin y la ayudó a ponerse en pie. Las Hermanas de la Noche siguieron a Maul y Talzin hacia el pasillo sellado.

Con las Hermanas de la Noche cubriendo la retaguardia, los dos se apresuraron hacia la entrada del pasillo cilíndrico. Maul vio la escotilla sellada de la entrada, pero debido a que no quería perder el agarre sobre Talzin, utilizó la Fuerza para abrir la escotilla. Después de que todos se movieran a través de la escotilla y hacia el primer cierre sellado del pasillo, Talzin utilizó la Fuerza para sellar la escotilla tras ellos, y el par de Hermanas de la Noche lanzaron sus flechas de energía para destruir el panel de control de la escotilla. Una alarma empezó a sonar. Maul la ignoró y siguió en movimiento.

Trabajando como un equipo, repitieron sus acciones mientras se movían a través de varias escotillas más hasta que alcanzaron la zona de pasajeros de la estación. Maul no estaba seguro de lo que Sidious pensaría de su uso de la Fuerza, pero mientras se movían hacia la zona de pasajeros, estuvo totalmente seguro de que su Maestro le estaba probando. Estaba tan seguro que se detuvo a su paso.

—¿Por qué estás esperando? —Dijo Talzin—. Nuestra nave no está tan lejos.

—Puedes dejar de fingir, —dijo Maul.

Aparentemente confusa, Talzin agitó su cabeza.

—¿Sobre qué?

—Sobre Dathomir, los Hermanos de la Noche, y el resto. Sé que has sido mandada por mi Maestro. Lo sé, porque le percibo. Mi Maestro está aquí.

Moviéndose a través de un nivel de mantenimiento para evitar más soldados, Maul, Talzin, y las Hermanas de la Noche finalmente llegaron al hangar que albergaba la nave estelar de Talzin. Maul había esperado encontrar a los soldados del señor de la guerra estacionados en el hangar para evitar que Talzin alcanzara su nave, pero no había esperado encontrar cerca de una docena de weequays yaciendo muertos en la plataforma del hangar.

Aunque ninguno de los cuerpos de los weequay tenía heridas obvias, Maul sabía cómo habían muerto, y también la identidad de su asesino. Dejando a Talzin en pie con sus Hermanas de la Noche, se movió por el hangar para encarar una alcoba oscura. Él se detuvo, cayó sobre una rodilla, e inclinó su cabeza.

—Maestro.

Sidious caminó fuera de la alcoba. Llevaba su túnica oscura, y su cara estaba oculta por las sombras bajo su profunda capucha.

Talzin y las Hermanas de la Noche retrocedieron un paso. Evidentemente, podían percibir el poder del hombre en el lado oscuro de la Fuerza. Mientras las Hermanas de la Noche mantenían sus arcos de energía apuntados a la plataforma, Sidious se giró ligeramente hacia ellas, hizo un gesto a Maul, y dijo:

—Este no pertenece a Dathomir. Es mío.

Talzin dijo:

—Entonces no lo abandonaste simplemente con el Falleen.

—Al contrario, —dijo Sidious.

Talzin miró a Maul.

—Le has entrenado bien.

Sidious se movió hacia la nave de Talzin.

—Encontrarás el cuerpo de tu Hermana de la Noche caída a bordo.

Talzin inclinó su cabeza en gratitud. Sidious plegó sus manos en las mangas opuestas de su túnica y dijo:

—Ahora, vete de aquí antes de que cambie de opinión.

Talzin no estaba acostumbrada a recibir órdenes, pero hizo un gesto a las Hermanas de la Noche para que fueran a bordo de la nave. Las Hermanas de la Noche caminaron junto a Maul, que aún estaba arrodillado con su cabeza bajada. Mientras Talzin cojeaba junto a Maul, ella casualmente permitió que su mano izquierda colgando rozara la herida sangrante que había sido abierta en la parte superior de su brazo derecho. Procedió subiendo la rampa de abordaje. Ni Maul ni Sidious se percataron de ella moviendo su mano izquierda a uno de los talismanes que colgaban de su cuello, y presionar la sangre de Maul por el talismán antes de entrar en su nave.

La nave de Talzin se elevó de la plataforma y salió del hangar. Sidious se movió hacia una ventana de observación que sobrevolaba Orsis. Maul le siguió obedientemente, entonces cayó a una postura arrodillada y esperó a que su Maestro hablara.

Mirando por la ventana, Sidious dijo al fin:

—Lo hiciste bien, Maul. Me complace que mostraras contención y no traicionaras nada de tu profundo entrenamiento en el lado oscuro de la Fuerza.

Maul inclinó su cabeza.

—Lo hice con la esperanza de convertirme algún día en su aprendiz.

Sidious volvió a mirar a Maul.

—Entonces considérate un paso más cerca.

—Gracias, Maestro.

Sidious se alejó de la ventana.

—Ha llegado la hora de que aprendas ciertas cosas sobre la naturaleza de nuestra empresa. Como te dije, he estado poniendo en movimiento las fases de un Gran Plan, un plan del que puedes ser parte si puedes continuar demostrando valía y lealtad. Debes saber, aún así, que este plan de hecho se ha estado construyendo durante un milenio. Surge de las mentes de muchos que sirven a una gran tradición. —Se detuvo para mirar a Maul—. Una tradición de mucha más importancia que la hermandad Dathomiri de la que Talzin seguro que te ha hablado. Es la tradición de una antigua orden conocida como los Sith.

Sorprendido, Maul encogió sus ojos.

—Me habló de los Sith cuando era joven, Maestro.

—Lo que no te dije entonces es que yo soy el Lord Sith *Darth* Sidious. Mi Maestro me nombró y me confirió ese título, y a mi discreción, puedes algún día ganar el mismo honor por mi parte.

Maul tragó con fuerza.

—Me esforzaré por demostrar mi valía ante usted, Maestro.

—Sí, lo harás, —dijo Sidious—. Desde este momento en adelante empezaré a instruirte en los caminos de los Sith. Somos oponentes de la República, y los jurados enemigos de la Orden Jedi. Será nuestra tarea ver a los primeros caer y a los últimos ser purgados de la galaxia. Mientras que yo seguiré siendo la mano guía en esto, confiaré en ti para ejecutar misiones que podrían suponer un riesgo para mi posición si el auténtico propósito de nuestros actos se descubriera.

Durante años, Maul se había preguntado por el propósito de todo su entrenamiento. Ahora lo sabía. Su corazón palpitaba.

—Nada menos que la perfección será suficiente, Maul, —dijo Sidious—. ¿Lo entiendes?

Maul inclinó su cabeza de nuevo.

—Lo entiendo, Maestro.

—Entonces pongamos eso a prueba, ¿de acuerdo?

Maul alzó la mirada.

—¿Otra?

El ceño de Sidious se frunció.

—¿Otra?

—¿Como la que usted ingenió con la Madre Talzin?

Sidious sonrió levemente.

—Lo que ocurrió en Orsis y a bordo de esta estación no ha sido puesto en movimiento por mi mano, Maul. De hecho, fuiste traicionado por alguien que le dijo a Talzin dónde encontrarte, y entonces ayudó y fue cómplice de su plan para capturarte.

Los ojos de Maul se abrieron como platos de sorpresa, y entonces sintió una oleada de rabia.

—¿Puedo saber la identidad de mi traidor, Maestro?

Sidious miró al techo durante un momento mientras consideraba la petición de Maul, entonces respondió:

—Meltch Krakko.

¡¿Krakko?!

CAPÍTULO DOCE

Sidious y Maul volvieron a Mustafar. Durante catorce días, Sidious puso a Maul por una serie de pruebas físicas extenuantes. Maul se defendió contra droides que llevaban sables láser en la sala de entrenamiento. Con los ojos vendados, lanzaba dagas a objetivos robóticos, que le lanzaban las dagas de vuelta a él. Estaba con los ojos vendados de nuevo antes de trepar a un simulador de vuelo de nave estelar cableado con electrodos disciplinares. Llevaba un traje de privación sensorial cuando corrió por un laberinto que estaba perfilado con paredes afiladas como cuchillas, y también cuando fue depositado en una cueva Mustafariana previamente inexplorada. En cámaras cerradas, fue expuesto a temperaturas extremas y privado de comida. De cada prueba, sacaba fuerzas del lado oscuro de la Fuerza.

Cuando los catorce días acabaron, Maul estaba exhausto. Todo su cuerpo le dolía mientras se erguía ante Sidious en la sala de reuniones. No sólo había pasado cada prueba, había destruido cada prueba. Sin embargo, su Maestro siempre esperaba más de él, así que no estuvo del todo sorprendido cuando Sidious dijo:

—Debido a que has sobrevivido a los preliminares, puedes procedes a la auténtica prueba para convertirte en un Lord Sith.

Maul ordenó a su cuerpo que se quedara de pie.

—Te voy a mandar a un planeta del Borde Exterior —continuó Sidious—. Está formado de tres tipos de terreno. Desiertos, pantanos, y montañas. Tendrás al menos tres combates en cada terreno. He mandado una flota de droides asesinos para que te ataque. Cada uno está programado con estrategias diferentes. Algunos trabajarán juntos. Algunos trabajarán solos. Todos están programados para matar.

Maul se giró para encarar a su Maestro. Aunque Maul se quedó en silencio, el fuego en sus ojos traicionaba su sorpresa. Y su excitación.

Sidious se percató de la reacción de Maul.

—Es cierto. Estoy preparado para perder lo que más valoro. Como debes estarlo tú para convertirte en un Sith. Debes estar preparado para perder tu propia vida para ganar.

Maul asintió.

—Lo entiendo, mi Maestro.

—Tendrás que sobrevivir durante un mes. —Añadió Sidious—. Tendrás sólo un pack de supervivencia.

Pese a su cansancio, Maul se sentía exhilarante. Estaba determinado a demostrar que era el mejor aprendiz en la historia de los Sith.

Sidious no acompañó a Maul en el crucero pilotado por droide que abandonó Mustafar, ni informó a Maul del destino del crucero. Pero mientras el crucero estaba viajando por el hiperespacio, Maul tecleó en un teclado de la consola de navegación hasta

que accedió y obtuvo las coordenadas codificadas que identificaban su destino como Hypori, un planeta en el sector Ferra de los Territorios del Borde Exterior. Nunca había ido a Hypori antes, pero no había esperado que su Maestro le mandara a un mundo familiar.

El piloto droide emergió de la cabina de mandos y se percató de Maul examinando un paisaje en la consola de navegación. El droide dijo:

—No creo que el Maestro Sidious esté complacido de saber que ha accedido a los datos restringidos del ordenador de navegación.

Sin apartar la mirada del paisaje, Maul respondió.

—Cuando el Maestro Sidious sepa que has utilizado códigos de encriptación desfasados para las coordenadas de destino, se dará de comer a una trituradora toda una semana.

—Oh, —dijo el piloto droide—. Si me disculpa, voy a borrar mi memoria del último minuto.

Buena idea

CAPÍTULO TRECE

Maul estaba ejercitando en su sala de entrenamiento en Coruscant y acababa de completar una voltereta triple hacia atrás cuando escuchó la señal en su comunicador. Presionó un botón en el comunicador y escuchó la voz de su Maestro.

—Sala de estrategia. Ahora.

Maul caminó rápidamente hasta un turboascensor que ascendía hasta la sala de estrategia y comunicaciones de su Maestro. Maul sospechaba que su Maestro quería darle una actualización sobre su plan que involucraba a la Federación de Comercio Neimoidiana.

Aunque Maul no conocía cada detalle del proyecto actual de su Maestro, estaba al tanto de que Sidious había establecido una alianza con los codiciosos neimoidianos. Los neimoidianos estaban enfadados porque el Senado Galáctico había impuesto una tasa a las antiguas Zonas de Libre Comercio de los sistemas estelares periféricos de la República, pero entonces Sidious le dijo a los neimoidianos cómo podían forzar un fin a las nuevas regulaciones, permitiéndoles alcanzar incluso aún mayores beneficios. Sidious había ordenado a los neimoidianos utilizar sus naves de combate para formar un bloqueo alrededor del planeta Naboo, y entonces desplegar droides de combate para invadir el mundo. Después de la invasión, los neimoidianos forzarían a la Reina Amidala a firmar un tratado con la Federación de Comercio, un tratado que convencería al Senado de la República de que los neimoidianos habían asumido el control de Naboo legalmente. Maul confiaba en que este proyecto era parte de un plan mayor, y que su Maestro se lo explicaría todo a su tiempo.

Saliendo del turboascensor, Maul encontró a Sidious esperando en el centro de la sala de estrategias, enfrente de la estación de holocomunicación. Sidious llevaba su túnica con la capucha plegada tras su espalda. No parecía complacido.

—Los neimoidianos me están contactando, —dijo Sidious, la irritación evidente en su voz—. Quiero que escuches la transmisión. —Levantando su capucha para ocultar su cara, continuó—. No cabe duda de que me han contactado por algún ridículo contratiempo que les ha hecho entrar en pánico. Quédate fuera de la vista.

Maul se movió a un lado, caminando hasta un rincón sombrío cerca de la consola de comunicación.

Maul observó mientras los hologramas de dos neimoidianos se materializaban en el aire ante Sidious. Humanoides con carne verde grisácea grumosa y ojos con irises horizontales, los neimoidianos eran el Virrey Nute Gunray, el líder de la Federación de Comercio, y Daultay Dofine, el capitán de la nave insignia de la Federación de Comercio. Nute era distinguido por una tiara alta, aserrada. La cabeza de Daultay estaba coronada

por una mitra gris de oficial al mando, y su cara tenía una expresión especialmente preocupada.

Sidious dijo:

—¿Qué es?

—Este plan suyo ha fracasado, Lord Sidious. —Respondió Daultay, temblando—. No nos atrevemos a ir contra esos Jedi.

¡¿Jedi?!

CAPÍTULO CATORCE

El *Cimitarra* salió del hiperespacio. Maul miró por un puerto de vistas escudado para ver los soles gemelos del sistema Tatoo, entonces vio un tercer punto de luz que era tan brillante que podía fácilmente ser confundido con una estrella pequeña. Maul comprobó la consola de navegación y confirmó que el tercer cuerpo era Tatooine.

Aunque Maul no esperaba pasar mucho tiempo en el planeta de arena, se había preparado para lo que encontraría allí. La República no tenía ninguna presencia funcional en Tatooine, que estaba esencialmente dirigido por los Hutts, grandes seres similares a babosas cuyas empresas criminales abarcaban la galaxia. Debido a que el agua en Tatooine era tan escasa, la mayoría de colonos eran granjeros de humedad. Los nativos indígenas incluían los jawas de ojos brillantes, carroñeros encapuchados que conducían enormes reptadores de las arenas a través del desierto en búsqueda de restos de metal y vehículos abandonados. Había también salvajes enmascarados nómadas llamados los Incursores Tusken, conocidos para los locales como los Moradores de las Arenas, que cabalgaban enormes criaturas llamadas banthas. Por lo que Maul había reunido sobre los Moradores de las Arenas, dudaba que la Reina Amidala y los Jedi buscaran refugio con ellos. Todo el mundo evitaba a los Moradores de las Arenas.

Una luz resplandeció en la consola de comunicación. El *Cimitarra* había captado una señal de socorro de una nave cercana. Maul vio la nave en su pantalla, la vio como un pequeño crucero espacial que se había parado en una carretera de tráfico. Ignoró la señal de socorro, pero mientras pasaba junto a la nave, la señal se volvió más fuerte, y entonces una voz gritó desde el comunicador:

—¡Ayudadnos! ¡Por favor, ayudadnos!

Maul vio a un enorme carguero salir del hiperespacio, y supuso que el carguero había llegado para asistir a la nave parada. Pero entonces los motores de la nave parada se encendieron y corrió tras el Cimitarra mientras el carguero llegaba rápido al otro lado de Maul. A través de su puerto de vistas, Maul vio los paneles del casco del carguero deslizarse para revelar lanzadores de torpedo-protón.

Piratas

CAPÍTULO QUINCE

Maul descargó su moto speeder desde la escotilla de carga lateral del *Cimitarra*. Era el día después de su llegada a Tatooine, y los soles gemelos estaban ardiendo en el cielo. Él ya había recibido transmisiones significantes de sus tres droides sonda.

El primero droide sonda había visto a un hombre alto, con barba que llevaba un sable láser en la Gran Arena de Mos Espa después de una competición de Carreras de vainas. El segundo droide sonda había sido destruido —posiblemente por un sable láser— antes de que transmitiera una imagen de un carguero ligero en tierra llamado el *Pato Polvoriento*, que simplemente había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Afortunadamente, el tercer droide sonda había descubierto la localización de la nave estelar de la Reina Amidala en el Barranco de Xelric. Ahora Maul estaba esperando que el primer droide sonda volviera con un informe completo de Mos Espa. Y quería tener su moto preparada por si la necesitaba.

La moto era un speeder repulsor elevador personalizado Razalon FC-20, equipado con un motor de propulsión trasero silencioso pero poderoso, ideal para misiones encubiertas y ataques sorpresa. La moto no tenía armas incorporadas, sensores, ni escudos, ya que Maul creía que sus propias habilidades y su sable láser serían suficientes para superar a cualquier enemigo.

Gracias a la combinación de su disciplina y sus destacables poderes de recuperación, Maul no cojeaba mientras caminaba, utilizando una mano para dirigir su moto por el aire árido, lejos de su nave. Había tratado su pierna con bacta y la había envuelto en vendas. Cuando estuviera completamente sanado, ni siquiera una cicatriz existiría como evidencia de su lucha contra el togoriano.

Pero su pierna aún le dolía. Antes, tras descubrir los rastros de bantha cerca del *Cimitarra*, había tenido un breve encuentro con los Moradores de las Arenas. Sospechaba que tenían intención de atraerle lejos de su nave y matarle. Se había refrenado de masacrarlos porque una pila de Moradores de las Arenas muertos habría atraído atención innecesaria. Aún así, correr de vuelta al *Cimitarra* no había sido bueno para su pierna.

Descansaré después de que los Jedi estén muertos.

CAPÍTULO DIECISEIS

Al llegar a Coruscant, Maul guió al *Cimitarra* al hemisferio oscuro, donde la noche había caído, inclinándose pasando los rascacielos iluminados hasta la aguja que albergaba el cuartel secreto de Sidious. Amarró el Infiltrador en la plataforma de aterrizaje, comprobó para asegurarse de que la plataforma de aterrizaje fuera segura y entonces fue a encontrarse con su Maestro.

Encontró la figura encapuchada de Sidious sentada en medio de la vacía habitación de medicación. La puerta se deslizó para cerrarse tras Maul. Sidious dijo:

—Informa.

—La Reina Amidala y los Jedi *estaban* en Tatooine, Maestro. Un Jedi y un chico joven estaban corriendo hacia la nave estelar de la Reina cuando llegué hasta ellos en el desierto. El Jedi y yo nos batimos en duelo. Casi lo tenía. Pero el chico alcanzó la nave, la nave despegó, y el Jedi saltó dentro. Fracasé en detenerles, Maestro.

Debido a la capucha de su Maestro. Maul no podía ver su cara, permaneciendo alerta por cualquier torcimiento marchito de su cara o cambio en el tono de piel que le indicara que su Maestro estaba enfadado. Pero la expresión de su Maestro permaneció neutral mientras decía:

—¿Sentiste que habrías derrotado a este Jedi?

—Sí, Maestro. Lo sentí cansarse. Puedo derrotarle.

—¿Tenía barba?

Maul asintió.

—Bien. Ese es Qui-Gon Jinn. Él es el más fuerte de los dos. Su Padawan es Obi-Wan Kenobi.

Sidious sonaba satisfecho, lo cual confundía a Maul. Había imaginado que Sidious estaría furioso con él por fracasar en detener a los Jedi y a la Reina. Pero entonces se le ocurrió a Maul… *Los Jedi entregarán a la Reina a Coruscant, porque la estúpida Reina pensará que el Senado puede ayudarla*. Maul se dio cuenta de que tendría otra oportunidad de complacer a su Maestro. Pero antes de que pudiera anunciar su deducción, su Maestro dijo:

—La Reina Amidala cree que el Senado Galáctico la apoyará. Ya ha llegado a Coruscant. Está en los cuartos Senatoriales.

Maul se tensó.

—¿Y los Jedi?

—Están en Coruscant también.

La mano de Maul se movió hasta la empuñadura de su sable láser. Sintió un ardor que empezó en su pecho y se extendió hacia fuera.

—Déjeme matarlos, Maestro.

—No aquí. —Dijo Sidious—. No en Coruscant. Tengo otro plan.

Y entonces Maul percibió que Sidious estaba preocupado por otros pensamientos. Parecía ignorante de la presencia de Maul. Maul abandonó la sala de meditación y fue a su propio cuarto.

Tan pronto se quedó solo, se preguntó si su Maestro estaba realmente furioso y ahora sólo estaba retrasando el castigo. *¿Está al tanto de mi combate con los piratas? ¿De mi decisión estúpida de seguir el rastro de los bantha? ¿Percibió la herida en mi pierna?* Maul no estaría sorprendido si su Maestro simplemente estuviera esperando para castigarle como nunca antes. Se sentía avergonzado.

Pero entonces pensó en las enseñanzas de su Maestro. *Piensa en el ahora. Piensa en el futuro. No medites sobre el pasado.*

Maul sabía lo que debía hacer. Utilizaría su vergüenza, la volvería hacia adentro para alimentar la oscuridad y el odio que fluían a través de sus venas. Dirigiría su furia hacia su enemigo, el Jedi llamado Qui-Gon Jinn.

En el pasado, Maul nunca se había preocupado de los nombres de la gente que había matado. Para él, los enemigos no eran nada más que objetivos. Pero ahora dijo el nombre de Qui-Gon Jinn en voz alta. Apretó sus dientes y repitió el nombre, entonces empezó a entonarlo como una maldición.

Te destruiré, Qui-Gon Jinn. Veré el shock en tus ojos cuando te atraviese, Qui-Gon Jinn. Me levantaré sobre tu cuerpo sin vida con triunfo, Qui-Gon Jinn.

CAPÍTULO DIECISIETE

—De acuerdo con nuestras patrullas, —dijo Rune Haako—, la Reina Amidala contactó con los gungans, los primitivos de los pantanos.

Maul no había anticipado que la Reina uniera fuerzas con los gungans, los nativos anfibios de Naboo. Se giró para enfrentar a Nute Gunray.

—Dijiste que los primitivos habían sido todos rodeados.

—¡Se escondieron! —Exclamó Nute—. Conocen el terreno mejor que nosotros… —Al ver la mirada de rabia de Maul, Nute se quedó en silencio.

Rune dijo:

—Los gungans no son una preocupación. No son rivales para nuestras fuerzas. El ejército de droides y las armas de la Federación de Comercio son invencibles.

Maul sólo podía imaginar lo que la Reina Amidala pensaba que podría lograr. Todos sus cazas habían sido conquistados. Sus pilotos voluntarios y oficiales estaban siendo contenidos en campamentos. Desesperada por ayuda, se había vuelto hacia las formas de vida inferiores de su planeta, humanoides anfibios. Aún así, tenía a los Jedi de su parte. Incapaz de determinar lo que estaba planeando la Reina, Maul dijo:

—Debo contactar a mi Maestro.

—Deberíamos volver a la sala del trono, —dijo Rune Haako, haciendo un gesto a un tecno-holoproyector de cuatro patas neimoidiano que había traído por conveniencia de Nute Gunray.

—Caminaremos, —dijo Maul mientras iba al holoproyector y lo activaba. Menos de un minuto más tarde, el holograma de Sidious apareció, su mirada dirigida hacia Maul, Nute, y Rune, que seguían al dispositivo ambulante mientras reptaba por un pasillo del palacio en sus pies de metal afilados.

—La Reina tiene un ejército, mi Maestro, —dijo Maul—. Se ha aliado con la población gungan de Naboo. Deben estar planeando golpear contra las fuerzas superiores de la Federación de Comercio. —Maul puso una mueca—. Percibo que hay más en esto, mi Maestro. Los dos Jedi pueden estar utilizando a la Reina para sus propios propósitos.

—Los Jedi no pueden involucrarse, —dijo Sidious con autoridad, su holograma moviéndose levemente hacia atrás y hacia delante junto con el movimiento del holoproyector andante—. Sólo pueden proteger a la Reina. Incluso Qui-Gon Jinn no romperá ese pacto.

Maul no había considerado el hecho de que los Jedi, por la tradición y las normas de su Orden, no luchaban en guerras. Su Maestro nunca pasaba por alto ningún detalle.

—Nuestra joven Reina me sorprende —confirmó Sidious—. Es mucho más estúpida de lo que pensaba.

Nute dijo:

—Estamos mandando todas las tropas para enfrentarse a este ejército que se está reuniendo cerca del pantano. Parece estar formado de primitivos.

—Esto funcionará para nuestra ventaja, —respondió Sidious. Maul se percató de que su Maestro en realidad sonaba complacido.

El holoproyector se detuvo en el pasillo. Maul, Nute, y Rune se detuvieron junto a él, sus ojos fijos en el holograma de Sidious. Rune dijo ansioso:

—¿Tengo su aprobación para proceder, entonces, mi lord?

—Elimínalos —respondió Sidious sin vacilar—. A todos ellos. —El holograma de Sidious parpadeó y se desvaneció.

Maul, Nute, y Rune procedieron hasta la sala del trono. Una gran pantalla de vistas había sido construida en una pared, y mostraba una vista de la plaza de fuera del palacio. Alzando la mirada a la pantalla, los neimoidianos se sorprendieron de ver al Caballero Jedi y a su aprendiz cortando a los droides de combate que habían estado protegiendo el palacio. Los Jedi estaban acompañados por soldados de Naboo y pilotos. Algunos soldados estaban a pie, y otros llegaron en speeders armados y llevaban cañones bláster.

Rune susurró:

—¿Cómo han entrado a la ciudad?

—No lo sé. —Dijo Nute, sacudiendo su cabeza mientras observaba a los soldados de Naboo disparando a los tanques de la Federación—. Pensé que la batalla iba a tener lugar lejos de aquí.

Con los ojos abiertos de miedo, añadió:

—Están demasiado cerca.

—Os dije que había más en esto, —dijo Maul—. Los Jedi *están* involucrados. Han venido a Theed por un motivo, Virrey. Tienen un plan propio para derrotarnos.

Pareciendo aún más alarmado, Nute dijo:

—¿Un plan?

—Uno que fracasará, os lo aseguro. —Maul miró a las imágenes en la videopantalla—. He esperado mucho tiempo para esto. He entrenado para ello incansablemente. Los Jedi se arrepentirán de su decisión de volver aquí. —Su mano se flexionó cerca de su sable láser—. Esperad aquí hasta que vuelva. —Él caminó pasando a los neimoidianos, dirigiéndose a una alta entrada.

—¿Adónde vas? —exigió frenéticamente Nute.

—¿Adónde crees que voy, Virrey? —respondió Maul sin dejar de andar—. Voy al hangar principal para libraros de los Jedi de una vez por todas.

Los pilotos de la Reina lograron liberar más de una docena de cazas estelares de Naboo del hangar de Theed antes de la llegada de Maul. Maul vio los delgados cazas estelares brillantes trepar al cielo y sospechó que se dirigían a la Nave de Control de Droides de la Federación de Comercio. Debido a que la nave de control llevaba más de mil cazas estelares droides, Maul dudaba que los pilotos de la Reina sobrevivieran más de un par de minutos. Imbéciles.

Entró en la base aérea y caminó hasta la entrada del hangar, que estaba sellada por unas puertas dobles de duracero a prueba de bombas. Bajando su mirada al suelo, se extendió con sus sentidos. Detectó movimiento al otro lado de las puertas. Sabía que los Jedi se estaban aproximando, caminando directamente hacia su posición.

Las puertas dobles se deslizaron para abrirse. Maul alzó su mirada. Miró a la Reina Amidala, que estaba con un grupo de guardias de Naboo armados y dos sirvientas. Al ver a Maul, el grupo se detuvo. Maul vio a los dos Jedi tras los guardias y fijó sus ojos en Qui-Gon Jinn.

—Nosotros nos encargamos de esto, —dijo Qui-Gon Jinn mientras él y Obi-Wan Kenobi se movían hacia delante, lado a lado, bordeando junto a los guardias.

—Cogeremos el camino largo, —dijo la Reina Amidala mientras corría con sus aliados restantes hacia un pasadizo lateral.

Manteniendo sus ojos en los Jedi, Maul echó atrás su capucha, revelando su cabeza con cuernos. Se libró de su capa y la dejó caer al suelo. Los dos Jedi hicieron lo mismo con sus túnicas.

La Reina, sus guardias, y las sirvientas estaban aún corriendo hacia una salida cercana cuando los tres droides destructores de la Federación de Comercio rodaron rápidamente tras una esquina hacia el hangar. Los droides se detuvieron rápidamente, entonces deprisa desplegaron sus piernas de trípode y sus cañones bláster acoplados, activaron sus escudos reflectores, y abrieron fuego en dirección a la Reina.

Mientras que la Reina y su comitiva se cubría y disparaban sus blásters a los droides. Maul sacó su sable láser y activó una hoja roja. Agarrando el sable láser en su mano izquierda, extendió su brazo hacia delante y activó la segunda hoja. Los Jedi activaron sus sables láser, y Maul se percató de que la hoja de Qui-Gon Jinn resplandeció un segundo después de la de Obi-Wan.

El viejo Jedi se está volviendo lento.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Bien arriba… bien arriba… no sabemos dónde caeremos, —murmuró la criatura mientras utilizaba un trozo roto de hueso ennegrecido para arañar un dibujo en la pared de su morada cavernosa, su mano desnuda caldeada por el pequeño fuego que había construido—. Bien arriba… lo que una vez fue grande resulta pequeño. —El dibujo consistía en un par de siluetas pequeñas, la parte superior del cuerpo de un hombre separada de su cuerpo inferior, cada mitad aparentemente descendiendo entre dos líneas verticales que indicaban un conducto profundo. La criatura suspiró—. Sin adónde ir salvo abajo. —Más de una década había pasado desde la escaramuza que había sido conocida como la Batalla de Naboo. La criatura que una vez había sido Darth Maul se movía sobre sus piernas droide de araña a través de un túnel en el planeta Lotho Minor. Aún no sabía cuánto había estado en el túnel, o cómo o cuándo había llegado a tal mundo deprimente. Aún no recordaba nada sobre su vida anterior, cuando vivía sobre la tierra. Todo lo que le quedaba era su rabia y su hambre.

—Cayendo, cayendo, sintiendo. —Miró sus otros dibujos de pequeñas figuras en la pared. Algunas figuras estaban siendo torturadas, otras asesinadas. Muchos estaban luchando con palos ardientes. Algunos palos eran azules. Algunos eran rojos. A la criatura le gustaban los palos rojos.

No, no palos. Los palos están mal. Otra cosa que corta y quema como…

EPÍLOGO

El hombre corpulento clamaba que su nombre era Savage Opress. Como Maul, era un zabrak. De acuerdo a Opress, Talzin le había transformado en un monstruoso guerrero, le había dotado con poderes del lado oscuro, y le había dado el amuleto y le había mandado en busca de Maul. Maul no tenía recuerdos del amuleto, el talismán que Talzin había frotado contra su brazo ensangrentado años antes. No recordaba a nadie llamado Talzin.

Cuando la nave estelar de Opress abandonó el planeta Lotho Minor, Maul estaba con él. Opress había trazado una ruta hacia Dathomir. Explicó que encontrarían a Talzin en Dathomir, que Talzin ayudaría a Maul. Maul no sabía por qué Talzin le ayudaría, pero sabía que necesitaba ayuda.

Porque ahora conocía la identidad de la persona que le había transformado en un monstruo. Sabía que el hombre era un Jedi llamado Obi-Wan Kenobi. Si Opress y Talzin podían ayudar a Maul, podrían ayudarle a encontrar a Kenobi. Pero Maul también sabía que estaba en baja forma, que lo que realmente podría utilizar era un nuevo juego de piernas.

Y entonces podría hacérselo pagar a Kenobi.

Miró a Opress, que estaba sentado tras los controles de la nave estelar que estaba llevándoles al punto de salto hiperespacial que les llevaría a Dathomir. Maul no estaba seguro de que Opress fuera su aliado, mucho menos su hermano. Pero Maul estaba dispuesto a correr el riesgo.

Quizás es un reflejo… quizás él es el chico de fuera de la ventana.

Maul sólo podía imaginar lo que el futuro le reservaba, o si podía confiar en el hombre que estaba llevándole a Dathomir. Esperaba que Opress fuera ciertamente su amigo.

Todos los demás podían arder.

Agradecimientos

Star Wars: La Ira de Darth Maul revela muchos detalles nuevos sobre la vida de Darth Maul pero también tiene diálogos y situaciones de libros previamente publicados, incluyendo el guión de *Star Wars:* Episodio I *La Amenaza Fantasma* por George Lucas; la novelización de la película de *Star Wars:* Episodio I *La Amenaza Fantasma* por Terry Brooks; y más señaladamente *Star Wars: Diario del* Episodio I, *Darth Maul* por Jude Watson, que proveyó de una abundante información sobre la infancia y entrenamiento de Maul. Tomé prestado del libro de Watson liberalmente y con un gran respeto. La historia también incorpora detalles sobre el episodio «Hermanos» de la serie de televisión *Star Wars: Las Guerras Clon*, con guión de Katie Lucas.

Estoy extremadamente agradecido al escritor James Luceno, que generosamente me dio algunas grandes ideas para que *La Ira de Darth Maul* se mezclara con su novela *Darth Plagueis*, y también me proveyó de un borrador de su historia corta «Contención,» de la que también tomé prestado liberalmente. Alenté a que los lectores leyeran «Contención» para una más extensa cantidad de hazañas de Maul en el planeta Orsis. Gracias también a la antigua editora de Scholastic Annmarie Nye por alistarme a escribir este libro; al editor Frank Parisi y al editor ejecutivo de Lucas Books Jonathan Rinzler por sus valiosas aportaciones, y a Leland Chee de Lucasfilm por ayudarnos a los escritores de *Star Wars* a mantener la continuidad. Gracias a Greg Mitchell por recordarme sobre el *Pato Polvoriento*. Y gracias a mi hija Violeta por leer una versión avanzada de los primeros capítulos de este libro y confirmarme que podría hacer al menos a una persona sentir lástima por Darth Maul.